



Universidad de Valladolid

CURSO 2013-2014

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Periodismo

**LA PRENSA ESPAÑOLA ANTE LA GUERRA DEL 98:
LA CONSTRUCCIÓN DEL MENSAJE PERIODÍSTICO
(1 DE ABRIL- 15 DE JULIO)**

Alumno: Aarón Vilares San José

Tutora: Dra. Virginia Martín Jiménez

Convocatoria: Septiembre

Agradecimientos

A mi tutora Virginia Martín por toda su ayuda, su paciencia y la calma que me ha transmitido.

A todos los profesores que han hecho que me interesara por este tema y que han contribuido a que siga apasionándome el periodismo.

A esa persona que me condujo a perseguir mi vocación y me ayudó a afrontarla.

A mis compañeros de biblioteca y familia, que han soportado mis quejas durante la realización de este trabajo.

ÍNDICE

1. Introducción.....	1
1.1. Justificación del trabajo.....	1
1.2. Plan de trabajo.....	4
2. Contextualización histórica.....	9
2.1. Contexto de España.....	9
2.2. Contexto de la prensa.....	18
3. Análisis de los diarios: <i>El Imparcial</i> y <i>La Época</i>	25
3.1. Diseño y estructura.....	26
3.2. Opinión editorial.....	29
3.3. Información de los corresponsales.....	37
4. Conclusiones.....	41
5. Bibliografía consultada.....	45

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Justificación del trabajo

El año 1898 trajo consigo para el Estado español, además del fin del conflicto armado iniciado en Cuba tres años antes, la pérdida traumática de las últimas colonias de su agonizante Imperio y la certificación de que el país se alejaba definitivamente de la consideración de primera potencia tanto europea como mundial. La pérdida de la soberanía sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la Isla de Guam puso el punto y final a un Imperio con una tradición de más de cuatro siglos y sumió a la sociedad española en una profunda crisis de moral, que haría entrar al sistema político, económico y cultural español en un periodo de regeneración que duraría tres décadas (Lima, 2013).

Sobre el golpe de realidad que supuso el fugaz desenlace del conflicto cubano de la mano de la intervención estadounidense influyó de igual manera la creencia, alimentada por gran parte de la prensa nacional -especialmente la de mayor tirada-, de que las fuerzas se presentaban cuanto menos igualadas. Si bien es cierto que este discurso patrioterico y de defensa del orgullo nacional, que hizo creer que una nación atrasada y poco industrializada como la española podría hacer frente militarmente a una potencia emergente, enriquecida y sobre industrializada como los Estados Unidos, no se dio en toda la prensa –fuera de él quedaron los diarios de ideología socialista y republicana-, sí fue la tónica general en los principales diarios de la capital.

A este respecto, el de la prensa, hay que señalar que los últimos años del siglo XIX marcan un antes y un después en la forma de hacer periodismo en el mundo y sobre todo, en la forma de presentar las noticias a los lectores. En estos años nace en los Estados Unidos el “amarillismo” de la mano de grandes magnates de la comunicación como William Randolph Hearst o Joseph Pulitzer, quienes comienzan a concebir los periódicos como elementos que precisan de atractivo por sí mismos, al margen y además de por la calidad y repercusión de las informaciones que incluyen en sus páginas. Este nuevo periodismo se caracterizó por el uso de grandes y llamativos titulares, páginas a color, amplios espacios para las ilustraciones y también por el tono sensacionalista de sus informaciones.

El conflicto iniciado en Cuba en 1895 fue el escenario perfecto para poner en práctica este nuevo periodismo cuyos usos pronto llegarían a Europa. Los mencionados Hearst y

Pulitzer -especialmente el primero- iniciaron a través de sus diarios, *The New York Journal* y *The New York World*, respectivamente, una campaña brutal en favor de la intervención estadounidense en el conflicto hispano-cubano fundamentada en las barbaridades que achacaban a los dirigentes españoles sobre la población isleña. En la mayoría de los casos estas informaciones no eran más que bulos destinados a aumentar las ventas de unos diarios que llegaron a tirar un millón y medio de ejemplares al día. Bulos que por otro lado construyeron una opinión pública favorable a una intervención a la que en un primer momento se oponía.

Sea como fuere, la presión ejercida por la prensa sobre la administración del presidente McKinley ha sido considerada como una de las principales causas, si no la primera, de las que llevaron a los Estados Unidos a entrar en la Guerra. No en vano, el propio Hearst se refería a menudo al conflicto hispano-estadounidense como a “nuestra guerra” cuando despachaba con sus redactores (Companys, 1998:19).

Este trabajo pretende ser un análisis estrictamente periodístico sobre el tratamiento informativo que un acontecimiento tan relevante, para la construcción del mapa geopolítico mundial y para la prensa y la opinión pública españolas, tuvo en los principales diarios de la capital del Estado. Si bien no es posible comprobar la influencia directa que tuvo la prensa madrileña en la creación de una opinión pública optimista ante el conflicto –pues solo el 37% de la población estaba alfabetizada y los resultados serían difusos-, sí se puede conocer qué tipo de discurso desarrollaron estos diarios, y de qué manera se le presentó a los lectores. El periodo histórico seleccionado para tal análisis es el transcurrido entre abril de 1898, cuando el conflicto con los Estados Unidos era ya inminente, y el 15 de julio del mismo año, cuando el Gobierno español suprimió las garantías constitucionales e impuso la censura previa a la prensa nacional.

Han sido muchos los autores que han abordado la Guerra de Cuba desde la perspectiva periodística, y más concretamente a través de los diarios madrileños. Félix Santos en su obra *1898. La prensa y la Guerra de Cuba* (Santos, 1998) expone de qué manera publicaciones como *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid* o *La Época* se vieron influenciadas por las prácticas de prensa norteamericanas y dejaron que las informaciones sensacionalistas, apasionadas e incluso, como asegura Santos, “engañosas” se hicieran un hueco en sus páginas.

De esta manera, los diarios madrileños se adhirieron, al menos en el fondo, a una corriente periodística de tergiversación irracional que durante años habían criticado a los periódicos estadounidenses. Este hecho les reportó grandes beneficios económicos y un enorme éxito de ventas que conllevó la ampliación de las tiradas a 130.000 ejemplares diarios en el caso de *El Imparcial*, como estima el historiador José Altabella (Citado en Vílchez, 2011: 39). En ningún caso cifras cercanas a las de las publicaciones norteamericanas. Al término de la guerra con la derrota española, el sentimiento de engaño en parte de la sociedad hizo que los diarios del país cayesen en una gran crisis de credibilidad y muchos terminasen cerrando.

Por otro lado, si se atiende a la forma de presentación de las informaciones, no se dejó ver la ya mencionada influencia estadounidense en tanto en cuanto la maquetación de los diarios madrileños continuó mostrando un aspecto serio a cuatro y cinco columnas. Así lo expresa Juan Fermín Vílchez de Arribas en su estudio *Historia gráfica de la prensa diaria española (1758-1976)* (Vílchez, 2011). Se dejaba así todo el peso atractivo sobre los textos, de manera opuesta a lo que acontecía en las publicaciones anglosajonas.

Otra de las perspectivas de investigación al respecto de la labor periodística durante el conflicto cubano -aunque esta menos tratada- es la labor de las corresponsalías de guerra y el carácter de sus informaciones. A este respecto hay que mencionar el trabajo de Elena Lowry Kirschner, *La información de Cuba y Filipinas en los periódicos de Madrid: los corresponsales de guerra* (Lowry, 1998). En él la periodista aborda las fuentes de información utilizadas por los enviados mediáticos y las secciones creadas en los diarios para dar cabida a sus crónicas. En este sentido, resultaría de interés realizar una comparativa entre las informaciones servidas y publicadas por los corresponsales y las redactadas por los trabajadores en el medio, y así se hará en este estudio.

Estos tres focos de interés: el fondo, la forma y la cobertura informativa desde las corresponsalías, serán los ejes centrales de esta investigación que busca realizar un seguimiento y análisis de las informaciones publicadas en los diarios *El Imparcial* y *La Época*, y de su presentación, entre abril de 1898 y el 15 de julio del mismo año.

El motivo de la elección de *El Imparcial* y *La Época* de entre todos los diarios que se podrían haber escogido dentro de la prensa madrileña de finales del siglo XIX es el hecho de que ambas publicaciones son los mayores referentes de las ideologías liberal y

conservadora. Este hecho permite que exista cierta diversidad en el análisis y que la investigación y sus conclusiones puedan ser más ricas y contundentes. Además posibilita abarcar un mayor espectro de población madrileña sobre el que penetró la construcción del mensaje periodístico de estos y otros diarios de ideología similar.

- *El Imparcial*. Diario matutino de ideología liberal fundado por Eduardo Gasset y Artime en 1867 y desaparecido en 1933. Fue uno de los primeros diarios de empresa, en contraposición a los diarios de partido. Era el diario de mayor difusión e influencia de España en 1898, momento en el que llegó a su máximo esplendor con una tirada diaria de 130.000 ejemplares (Lima, 2013: 22-23).

- *La Época*. Periódico conservador publicado en Madrid entre 1849 y 1936. Fue el diario más cercano a Cánovas del Castillo y al Partido Conservador. Se vendía casi exclusivamente bajo suscripción y tuvo muy buena aceptación entre las clases altas (Lima, 2013: 23).

Si bien existen otros trabajos que abordan el último periodo de la Guerra de Cuba con la prensa española como eje vertebrador y que incluso se sustentan en el análisis de los mismos diarios escogidos para este estudio, ninguno se centra exclusivamente en el periodo de conflicto contra los Estados Unidos durante la prensa en libertad. En el trabajo de Edel Lima, *Del bullicio a la sordina. El control gubernamental de la prensa española de julio a diciembre de 1898* (Lima, 2013), el autor analiza el periodo de censura que se inicia inmediatamente después a las fechas abarcadas en este estudio. En cualquier caso, tampoco lo hace desde unas perspectivas periodísticas tan amplias como las que persigue este trabajo.

1.2. Plan de trabajo

Objetivo general

Conocer la manera en la que la prensa madrileña de mayor relevancia afrontó el conflicto contra los Estados Unidos desde el mes de abril, y el modo en el que fue informando a la sociedad del desarrollo de la Guerra hasta que el 15 de junio se instauró la censura previa en el país.

Objetivos específicos

1. Comprobar si, a medida que avanzaba la guerra y se iba confirmando la derrota, existió un cambio de discurso dentro de la prensa analizada e indagar –de haber existido- si las publicaciones justificaron de algún modo este hecho.
2. Analizar la estructura y el diseño de la maquetación de los periódicos elegidos y determinar si se utilizaron elementos gráficos específicos destinados a otorgar mayor importancia a las informaciones relativas a la guerra y cuáles fueron.
3. Señalar las diferencias y semejanzas editoriales que pudieron producirse entre periódicos de distinta ideología, como el diario liberal *El Imparcial* y el conservador *La Época* a propósito de la Guerra de Cuba y de las aspiraciones españolas en ella.
4. Comparar el tono, los aspectos formales y la presentación de las informaciones nutridas por los corresponsales destinados en Cuba con las de los redactores presentes en el medio.

Hipótesis

Las hipótesis que se pretenden defender en este trabajo, y cuya veracidad se comprobará a través del cumplimiento de los objetivos propuestos anteriormente, son las siguientes:

1. Desde principios de abril hasta mediados de julio de 1898, la prensa madrileña varió su línea editorial desde una postura positiva y optimista ante el conflicto contra los Estados Unidos, hasta una oposición cerrada a la guerra en Cuba.
2. Tanto la prensa conservadora como la prensa liberal de la capital española compartieron línea editorial mientras se acercaba y finalmente desarrollaba el conflicto contra los Estados Unidos.

Metodología

Para llevar a cabo esta investigación sobre la prensa española durante el conflicto hispano-estadounidense, se ha realizado, en primer lugar, un amplio repaso de la

bibliografía histórica y periodística relacionada con la contienda en Cuba y el papel de los medios de comunicación en ella. La consulta de estas obras ha permitido comprender de manera diferenciada y solvente tanto la situación política, económica y social que vivía España en 1898, como la realidad de la prensa nacional e internacional y la actualidad de la Guerra en ese mismo año. El conocimiento de estas perspectivas ha posibilitado analizar de mejor manera en qué condiciones y ante qué tipo de audiencia potencial ejerció la prensa madrileña su labor informativa. Lo cual se ha reflejado en el apartado dedicado a la contextualización de los hechos.

En segundo lugar, y con el objeto de desarrollar el trabajo de campo, se procedió a la consulta de todos los ejemplares de *La Época* y *El Imparcial*, comprendidos entre el 1 de abril y el 15 de julio de 1898, disponibles en los fondos de la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional. Este proceso fue posible gracias a que en este organismo se encuentran digitalizadas –en formato PDF y con acceso libre a la consulta por Internet– la práctica totalidad de las publicaciones periodísticas españolas no vigentes anteriores a 1936. En total, la muestra destinada al análisis ha sido de 204 ejemplares de los citados diarios.

Para cubrir en el análisis el estudio de los tres aspectos citados en la primera parte de la introducción, con los que se construye el mensaje periodístico: los elementos gráficos, la línea editorial y la comunicación desde las corresponsalías; se ha realizado una triple ficha de análisis de cada ejemplar en la que se volcaba la información sustancial de cada objeto de estudio; a través de la cual poder establecer la evolución y la norma de cada apartado en ambas cabeceras.

Respecto al primero de estos apartados, el análisis de la presentación de los contenidos, se ha procurado identificar las características básicas del diseño de *El Imparcial* y *La Época* –número de columnas, elementos gráficos o uso de las tipografías–, para localizar después aquellos recursos de composición que fueron puntualmente utilizados con motivo de las informaciones más importantes. A Este punto es especialmente relevante al tratarse de un tiempo de gran evolución en el periodismo español y sobre todo en el periodismo internacional.

Para el examen de la opinión editorial, se han revisado todos los artículos editoriales de los dos diarios, así como otras piezas periodísticas con gran carga interpretativa. De todos ellos se han seleccionado, en el vaciado de cada ejemplar, las citas más destacadas

y reveladoras sobre la opinión de ambos periódicos ante los acontecimientos cumbre de la Guerra y sus preliminares. A través de ellas se puede determinar, además de la línea editorial, si esta opinión cambió en el transcurso del periodo analizado y, por tanto, comprobar o refutar la veracidad de las hipótesis planteadas.

En cuanto a la metodología del análisis de las informaciones llegadas desde las corresponsalías, se ha revisado tanto la presentación, como la importancia y el tono de este tipo de comunicaciones. Con ello se ha tratado de averiguar qué periódico ha otorgado una mayor importancia a las informaciones enviadas “por el cable”, así como qué estilo periodístico fue el empleado por los redactores-corresponsales en sus crónicas. Es muy interesante conocer este último aspecto, pues se ha pretendido establecer una comparativa entre el estilo de las informaciones elaboradas en el extranjero y el de las elaboradas en la propia redacción.

Estructura

Esta investigación se articula en torno a dos apartados principales: contexto y análisis; derivados y condicionados por la propia metodología de trabajo empleada en la realización del estudio.

La primera parte, dedicada a la contextualización del tema, consta de dos epígrafes: uno dedicado al contexto histórico español y otro dedicado al contexto histórico de la prensa. En el primero de ellos, se ha realizado una disección de la situación política, económica y social de España desde 1874 –año en el que se instauró el régimen de la Restauración que sufrirá el Desastre– hasta el final de la propia Guerra. Para una mayor comprensión de las causas que llevaron al estallido del conflicto, se ha reparado también en la posición histórica que los Estados Unidos habían mostrado siempre hacia la situación de la Grande Antilla.

En la elaboración del segundo epígrafe de la primera parte del trabajo, el relacionado con la historia de la prensa, se ha seguido un esquema similar al anterior. Así pues, se ha comenzado haciendo una descripción del régimen jurídico, del número de cabeceras y de los nuevos modelos periodísticos que presentaba España antes y durante la Guerra. De la misma manera, se ha aludido después a los aspectos más característicos de un

periodismo internacional en plena revolución, cuyos usos e influencia iban a comenzar a sentirse en la prensa española del momento.

El segundo de los apartados principales es propiamente el de la investigación y el análisis de los diarios seleccionados durante el periodo elegido. Su composición, tal y como se ha expuesto ya de manera amplia en la metodología, responde a la atención a todos los elementos periodísticos –formales y de fondo– presentes en los 204 ejemplares de *El Imparcial* y *La Época* que se han analizado y que construyeron el mensaje informativo que llegó a los lectores madrileños mientras se desarrollaba el conflicto contra los Estados Unidos.

2. CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA

2.1. Contexto de España

La España que en 1895 tuvo que enfrentarse al estallido del conflicto contra los separatistas cubanos, que finalmente daría lugar a la pérdida total del Imperio, era una España marcada políticamente por el régimen “canovista” instaurado desde la Restauración de la monarquía borbónica en 1874. Ese año, y a través del pronunciamiento militar del general Martínez Campos, se había consumado la vuelta de la Casa de Borbón al trono español en la figura de Alfonso XII y el final del periodo conocido como sexenio democrático que se había iniciado en 1868 con la Revolución Gloriosa.

Durante el citado sexenio democrático, España atravesó por un periodo de inestabilidad institucional en el que hasta dos regímenes políticos, cuyo objetivo era el de implantar un sistema democrático por primera vez en el país, acabaron fracasando. El primero de ellos fue la monarquía “artificial” (Carr, 1985: 310) de Amadeo I, quien tras poco más de dos años en el trono español terminó abdicando en 1873 sin haber conseguido ni la fidelidad de la clase política, ni el aprecio de la ciudadanía. El segundo de los regímenes frustrados fue la fugaz y primera República Española, la cual en menos de dos años sufrió la inestabilidad de haber contado con hasta cinco presidentes distintos, de tener que hacer frente a la amenaza carlista y de, finalmente, ser víctima de los pronunciamientos del general Pavía primero, y del general Martínez Campos después.

Debido a la experiencia acumulada durante el inestable sexenio democrático, cuando en 1874 se produjo el regreso de España a la senda monárquica y borbónica, el presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, fijó como una de sus prioridades la creación de un sistema democrático que de la mano del rey pudiese garantizar el futuro del nuevo régimen. “El poder legislativo reside en las cortes con el rey”, afirmaba el artículo 18 de la Constitución de 1876 (Carr, 1985:338) –la de mayor vigencia en la historia de España– y en concordancia con este principio Cánovas se esforzó en educar la mente de Alfonso XII en una firme convicción constitucional. Según el historiador Raymond Carr “Cánovas fue más duro con su rey que ningún otro estadista del siglo XIX” (Carr, 1985:338).

Además del equilibrio conseguido entre los dos pilares de Estado –las Cortes y el rey– a través de la consensuada Constitución de 1876, se estableció un sistema de alternancia de los partidos liberal y conservador en el poder. De esta manera, y a través de un turno pacífico, se aseguraba la correcta convivencia de ambas ideologías y la desaparición de los pronunciamientos como medida de acceso al poder en caso de no haber conseguido el favor del rey, tal y como ocurría antes de la Gloriosa.

El turno pacífico, que continuó ejerciéndose hasta 1923, se personalizó hasta el final del siglo XIX en las figuras de Cánovas del Castillo –Partido Conservador– y de Práxedes Mateo Sagasta –Partido Liberal–, quienes de manera regular presidieron el Consejo de Ministros. Esta alternancia fue posible gracias al conjunto de técnicas que servían para “fabricar” el resultado de las elecciones y que se conocen como caciquismo. Esta práctica se llevaba a cabo a través del juego de influencias y presiones que los caciques territoriales ejercían sobre sus vecinos, a los que condicionaba para orientar su voto en la dirección ya establecida.

Las técnicas caciquiles no se limitaron a las presiones, ya que en caso de que estas no fuesen suficientes se desarrollaban también otros usos menos lícitos para cuadrar las votaciones como: la quema de urnas, los pucherazos, la resurrección de los muertos en listas electorales o los sobornos (Carr, 1985).

Desde el punto de vista económico, y después de un periodo de verdadera prosperidad entre 1877 y 1886, la España de finales del siglo XIX se encontraba inmersa en una crisis provocada por las malas cosechas y la recuperación generalizada de la economía continental, antes dañada (Carr, 1985). Durante el periodo de crecimiento, la economía española se había abierto a la entrada de capital extranjero –francés, alemán y, especialmente, inglés–, el cual había propiciado la particular “fiebre del oro” (Carr, 1985:275) del país a través de la exportación de metales y minerales y del incremento de la demanda europea de vino, que hizo que España dominase el mercado vitivinícola mundial (Carr, 1985). Durante este tiempo de bonanza se modernizó la industria siderúrgica vasca, se aumentaron los kilómetros ferroviarios y el comercio exterior del país se inclinó más hacia el mercado europeo que hacia el colonial (Piqueras, 1998).

Más tarde, cuando en 1887 finalizó la llamada “fiebre del oro” y se hizo necesaria la adopción de medidas proteccionistas por parte del Estado con las que compensar la escasez de competitividad internacional de los productos españoles, Cuba y las colonias

se convirtieron en las receptoras de los excedentes de la Metrópoli. El historiador José Antonio Piqueras llega a hablar de un “mercado capturado” (Piqueras, 1998:749) para referirse al comercio que mantenía España con Cuba, debido a los grandes sobrepuestos que debía pagar la isla por los altos aranceles –los más caros de Europa– que protegían los productos. La importancia de Cuba como colonia importadora llegó a ser tan relevante para ciertas industrias peninsulares que incluso alcanzó a ser el destino del 60 por ciento de los manufacturados catalanes (Carr, 1985).

Es necesario señalar que en la balanza del intercambio mercantil entre la Metrópoli y Cuba –“la colonia más rica del mundo”– existía una notable descompensación, pues la decisión española de cerrarse al comercio de café, azúcar y tabaco proveniente de la isla en 1882 obligó a la Grande Antilla a buscar otros mercados a los que exportar sus productos, principalmente a Estados Unidos. De esta circunstancia también habría sacado provecho el Estado español pues “el superávit cubano generado en sus relaciones con los Estados Unidos habría servido para alentar la importación de bienes peninsulares gracias a los aranceles protectores que reservaban a la Metrópoli el mercado antillano” (Piqueras, 1998: 760), aunque el mismo autor es más partidario de fijar la raíz de esta ventaja económica en “las Leyes de Relaciones Comerciales de 1882 y la modificación de la estructura mercantil” (Piqueras, 1998: 761).

En cualquier caso, este sistema “inflexible” (Elorza & Hernández, 1998: 12) de explotación colonial fomentó un sentimiento de dependencia de la isla en vísperas de la emancipación cubana (Piqueras, 1998) y fue una de las causas principales que provocarían el estallido de la guerra en 1895. Y es que, la demanda cubana de una mayor libertad mercantil y de una reducción de barreras aduaneras no era una reclamación novedosa para el Estado español, pues ya había sido el detonante fundamental de la primera guerra hispano-cubana en 1868.

En 1867 el Gobierno Isabel II –quien pronto sería expulsada del trono español como consecuencia de la Gloriosa– se negó a ceder ante las demandas de los plantadores criollos que exigían la autonomía local y la reducción de los límites aduaneros. De hecho, la respuesta española fue la creación de unos aranceles aún más gravosos para los intereses comerciales cubanos (Carr, 1985). Esta cuestión, unida al descontento que ya existía entre los isleños “por la existencia de una administración formada por

peninsulares” (Carr, 1985: 298), terminó condenando a colonia y Metrópoli a una guerra que no finalizaría hasta diez años después.

La política seguida por España durante la década que duró el conflicto, lejos de atender a las demandas de los rebeldes, se basó en el envío de un grupo cada vez mayor de efectivos militares, muchos de ellos voluntarios, a la isla –en 1870 había en Cuba más de 100.000 soldados (Carr, 1985:301)– con los que conseguir aplastar la revuelta y terminar así con la guerra de guerrillas. Finalmente en 1878 se firmó la Paz de Zanjón –mediante la cual se abolió la esclavitud– y se terminó con este primer conflicto hispano-cubano que, no obstante, en 1895 volvería a repetirse con un resultado opuesto y definitivo.

Sobre los acuerdos de Zanjón precisamente, y sobre el sistema de explotación colonial que en ellos se fijaba, se asentaron nuevamente las bases para que en 1895 resurgiese el resentimiento de los cubanos contra la soberanía española (Elorza & Hernández, 1998). Las posturas contrarias a este dominio económico –ya comentadas antes– junto con la vieja aspiración de una autonomía efectiva respecto a la Metrópoli, que contemplase la creación de una asamblea única para cuestiones interiores de la isla, sirvieron de caldo de cultivo para los ideales separatistas. Máxime cuando la política española en Cuba se centró en acallar a los autonomistas en la administración local de la Antilla cuando en 1890 se limitó el voto a las clases favorables a los unionistas (Carr, 1985).

Las palabras que la infanta Eulalia de Borbón, hija menor de Isabel II, escribía a su madre en 1893 con motivo del viaje de la infanta a Cuba evidencian la problemática del sentimiento de hartazgo que se adueñaba de los cubanos respecto a España en los años previos a la guerra: “[...] En efecto, cada vez que trato someramente una cuestión colonial, ya no son entonces por todas partes más que quejas amargas, y a los alientos que doy con el fin de ganar a la opinión, se responde constantemente que España ha dejado durante demasiado tiempo a la isla de Cuba en el olvido y que habría tenido que pensar mucho antes en ella [...]” (Díaz-Plaja, 1983:435). La infanta afirmaba presentir que en algún momento la isla se separaría de España y elevaba un pensamiento nada halagüeño: “el día que Cuba se separara del Reino sería para todos un alivio general” (Díaz-Plaja, 1983:435).

Ese sentimiento de malestar desatendido que era visible para cuantos conocían la realidad de Cuba, como el ministro de Ultramar de Sagasta, Antonio Maura –quien se

sumó a la causa autonomista al entender que de otra manera sería imposible gobernar la isla (Carr, 1985)–, fue recogido por José Martí y utilizado como ideario por el Partido Revolucionario Cubano que él había fundado en los Estados Unidos. Martí se convirtió en el líder del independentismo cubano y suyo fue el mandato de iniciar el levantamiento que el 24 de febrero de 1895 daría comienzo a la segunda y última guerra hispano-cubana. “Cuba –escribió Martí– vuelve a la guerra como un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno. Cuba quiere ser libre para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo , y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar” (Elorza & Hernández, 1998: 173).

La reacción del Gobierno de la regente María Cristina –Alfonso XII había muerto en 1885 y el rey Alfonso XIII tenía tan solo ocho años al estallar la Guerra–, que presidía Cánovas, fue la de encomendar al general Martínez Campos comandar a las tropas españolas para acabar con el levantamiento rebelde. José Martí había muerto al poco tiempo de iniciarse el conflicto y su puesto como líder de los revolucionarios y de las guerrillas separatistas había sido asumido por Máximo Gómez y Antonio Maceo, quienes habían conseguido hacer avanzar sus tropas hasta dificultar incluso la vida en La Habana (Carr, 1985). Martínez Campos, ante los problemas de una lucha sin la infraestructura necesaria y con el clima y las enfermedades urgiendo a tomar medidas militares drásticas, decidió dimitir como comandante a finales de 1895 al no querer ser él quien ejecutara dichas medidas.

El Gobierno español decidió entonces designar como sustituto de Martínez Campos en la comandancia a uno de los representantes de la “mano dura” en España, el general Valeriano Weyler, cuyo primer informe desde la isla reflejó el pesimismo que se respiraba en la isla: “Los cabecillas insurrectos, llevando consigo la destrucción, el incendio y la ruina [...] han creado [...] en los habitantes del campo y pequeños poblados, un estado de ánimos tan flaco y desfavorable, que bien puede decirse que en ciertas regiones no se siente en modos alguno la soberanía de España, cuyo ejercicio suave y blando contrasta con el sistema de dureza meced al cual los insurrectos obtienen auxilios , apoyos y noticias de todas clases que casi en absoluto se niegan a los jefes” (Díaz-Plaja, 1983: 442-443).

La estrategia de Weyler para derrotar a la resistencia se basó en un gran despliegue de efectivos en Cuba –llegó a contar con hasta 200.000 hombres (Elorza & Hernández, 1998)–, con los que tratar de eliminar la dispersión del enemigo combatiente, pero también del pacífico. El general español recluyó a la población civil en campos de concentración para impedir que esta asistiese a los rebeldes y poder focalizar así los esfuerzos contra las guerrillas. Weyler estaba mostrando, como había esgrimido a su llegada a la isla, “la decisión y energía propias de mi carácter para castigar, con todo el rigor que las leyes me faculten” (Elorza & Hernández, 1998: 234), aunque sus métodos pronto contribuyeron a crear en torno a él una leyenda negra en la opinión exterior, fundamentalmente norteamericana (Elorza & Hernández, 1998).

Desde el inicio del conflicto, los Estados Unidos habían permanecido atentos al desarrollo de la guerra, no en vano Cuba era un importante socio comercial yanqui –recibían el 90 por ciento de las exportaciones cubanas y representaban el 40 por ciento de las importaciones de la Antilla (Elorza & Hernández, 1998)–. Pero el interés estadounidense en Cuba no se fundaba solo en una actividad comercial que se había potenciado durante los años 90, sino que formaba parte de una filosofía continental desarrollada desde principios de siglo.

Si bien no fue hasta 1823 cuando John Q. Adams proyectó la Doctrina Monroe –“América para los americanos”–, ya en 1805 y 1810 los presidentes Jefferson y Madison, respectivamente, se pronunciaron acerca de su interés por “apoderarse” de Cuba y del “poco agrado” con el que los Estados Unidos veían el dominio europeo de la isla (Rubio, 1995). Posiciones que fundamentarían años más tarde la mencionada Doctrina Monroe, en la que se exponía que “el continente americano no podía ser objeto de ninguna colonización futura” y que “cualquier intento de interferir en el continente americano por parte de una potencia europea, sería considerado por el gobierno de los Estados Unidos como un acto inamistoso que haría incluso peligrar la paz” (Rubio, 1995:56).

De esta manera, y en consonancia con las ideas desarrolladas por Adams, cuando en 1874 España y Cuba se encontraban en plena Guerra de los Diez Años no es extraño que el embajador norteamericano en Madrid recibiera estas instrucciones de su presidente, casi premonitorias: “Cuba, como las antiguas colonias continentales de España en América, debe pertenecer a la gran familia de repúblicas americanas [...], sin

quedar unida a Europa por otros lazos que los de una amistad internacional y los de las relaciones intelectuales, sociales y comerciales [...]. Que el último resultado de los sucesos que ocurren en Cuba ha de ser su independencia, ya se obtenga este resultado bien por medio de negociaciones o por efecto de las operaciones militares o por uno de esos incidentes inesperados que deciden muchas veces el destino de las naciones [...]. El presidente no intenta ni desea la anexión de Cuba a los Estados Unidos, sino su elevación al rango de una república independiente [...]. Usted comprenderá por tanto que la política de los Estados Unidos, con respecto a Cuba en los actuales momentos debe ser expectante pero con las convicciones fijas y positivas respecto a los deberes de los Estados Unidos cuando llegue el momento de la acción” (Díaz-Plaja, 1983:363-364).

Y el momento de la acción llegó en 1896, cuando la nación norteamericana incurrió en el conflicto hispano-cubano y se ofreció como mediadora ante la “excepcional dureza y los excepcionales excesos de ambas partes” (Díaz- Plaja, 1983:447), recomendando modificar la política de la “espada en mano” por la de la negociación con la isla. España rechazó la oferta yanqui esgrimiendo que “ningún resultado obtendría esa mediación hipotética que ellos –los insurrectos– rechazarían” (Díaz- Plaja, 1983:447). El historiador Raymond Carr considera que con esta negativa el gobierno de Cánovas perdió la oportunidad de evitar la futura intervención norteamericana, aunque en la opinión pública no existía entonces otra opción que la “política de guerra” (Carr, 1985).

La falta de reformas por parte del gobierno español en Cuba provocó que las tensiones entre las dos potencias aumentasen en 1897, año en el que McKinley alcanzó la presidencia norteamericana. El nuevo inquilino de la Casa Blanca intentó impedir la Guerra hispano-estadounidense hasta que fue irremediable, aunque también desarrolló un “doble juego” con España al mostrar una postura contraria a la intervención militar al tiempo incluso que solicitaba dinero a la Comisión de Presupuestos de la Cámara de Representantes para hacer la guerra (Rubio, 2004).

Ante esta situación, y como último recurso a fin de evitar la guerra, Sagasta –que regresó a la presidencia del Consejo de Ministros tras el asesinato de Cánovas en verano de 1897– decidió cesar a Weyler como comandante en Cuba y otorgó a la isla un gobierno autónomo. La concesión de esta reclamación histórica fue, sin embargo, rechazada por unos autonomistas cuyo objetivo se había vuelto conseguir la

independencia total cubana: “La autonomía –afirmó Sanguily– no es más que un sarcasmo en las actuales condiciones; [...] es una palabra adulterada por los españoles, que oculta su temor, su debilidad y su falsía. Nosotros, por tanto la rechazamos con repugnancia” (Elorza & Hernández, 1998:387).

En enero de 1898 los Estados Unidos, como acto de cortesía y con el fin de proteger los intereses norteamericanos en Cuba, enviaron al acorazado *Maine* al puerto de La Habana, donde explotaría y se hundiría tres semanas después –15 de febrero– cobrándose la vida de 258 marineros y dos oficiales norteamericanos (Rubio, 2004). Este hecho se tornaría decisivo para el inicio de la Guerra hispano-estadounidense, pues tanto la prensa como el informe técnico de la potencia americana responsabilizaron a España del hundimiento del buque; mientras el informe español y la opinión del contraalmirante de la marina francesa Dupont negaban la posibilidad de que el acorazado hubiese podido sufrir ningún ataque. Dupont llegó a escribir: “[...] es sensible perder un magnífico acorazado y 250 animosos marineros, pero sería más digno buscar las causas del siniestro donde únicamente deben encontrarse y no sacar provecho de semejante catástrofe” (Díaz-Plaja, 1983:460).

“Cuando explotó el *Maine* en La Habana, la guerra se hizo inevitable” (Rubio, 2004:1176), mencionó Theodore Roosevelt en una ocasión. Y así fue. Tras el hundimiento del *Maine* y las continuas intromisiones de los Estados Unidos en los asuntos cubanos ante la imposibilidad de comprar la isla –su última oferta de 300 millones de dólares fue rechazada en febrero (Santos, 1998)–, España declaró la guerra a la nación norteamericana el 23 de abril de 1898. Sagasta justificaría esta declaración de guerra alegando que “no se podía transigir con las pretensiones de una nación de intervenir en nuestros territorios” (Díaz-Plaja, 1983:468).

Después de casi tres años de guerra en Cuba, en los que España había debilitado notablemente tanto su potencial militar como sus recursos económicos, el país se enfrentaba a una potencia emergente que gracias a la modernización de su flota de combate se había convertido en la sexta mayor del mundo y duplicaba el tonelaje de la española –116.445 toneladas por 56.644 (Elorza & Hernández, 1998)–. La cercanía de los Estados Unidos respecto a Cuba tampoco le era favorable a España, que a su beneficio tenía el haber movilizad ya a la mayoría de su ejército –más de ciento cincuenta mil soldados se encontraban en Cuba–.

Los informes del almirante Cervera anteriores incluso al inicio de la Guerra eran completamente pesimistas y preveían “la total ruina de España, y todo por defender una isla que fue nuestra y ya no nos pertenece, [...] la tenemos perdida de hecho” (Elorza & Hernández, 1998:420). Pese a todo, España decidió ir a la guerra por un “ideal romántico”, como afirmaba Cervera, quizá inspirado en el pensamiento que en 1848 verbalizó el ministro de Exteriores español: “Los españoles preferirían que la isla se hundiera en el océano antes que verla en manos de otra potencia” (Carr, 1985: 365).

La desproporción de ambas escuadras se mostró ya desde el primer choque de una guerra que se desarrollaría en todos los vestigios coloniales del Imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En estas últimas tendría lugar la primera gran derrota de la flota española, en Cavite, donde los buques hispanos ni siquiera consiguieron ponerse a tiro de los norteamericanos y terminaron destrozados (Díaz-Plaja, 1983). La rendición de Manila resultó inevitable.

Ante este precedente, y con la Batalla de Santiago de Cuba en el horizonte, Cervera mostró su convencimiento de que “el gobierno de Madrid estaba decidido a que la flota fuera destruida lo antes posible para hallar un medio de llegar rápidamente a la paz” (Carr, 1985; 372). Así mismo sucedería. El 3 de julio de 1898 una segunda flota española fue destrozada por los buques estadounidenses, después de haber causado una sola baja en el enemigo (Carr, 1985) –“Hemos perdido todo”, informó Cervera–. Esta segunda derrota provocó que España solicitase la firma de la paz, que se cerró mediante el Tratado de París, por el cual España renunciaba a Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam y se ponía fin al Imperio.

Con el final de la guerra no solo quedaron atrás los restos del imperio, sino también la vida de 44.389 soldados españoles (Pascual, 1996) –en combate o por enfermedad–, la mayoría de ellos de familias humildes que no podían pagar la compensación que les evitara acudir a la Guerra. *La Campana de Gracia* publicó el 16 de julio de 1898 una ilustración a este respecto, en la que se puede ver a soldados españoles en combate sobre la leyenda: “PATRIOTISMO, SACRIFICIO, ENTUSIASMO, ETC, ETC. Solo los que no tuvieron 300 duros.” (Elorza & Hernández, 1998).

La derrota de 1898 trajo consigo además una crisis moral y social provocada por el orgullo herido y la grandeza perdida que marcaría a toda una generación de pensadores y que comenzó a manifestarse en el artículo “Sin pulso” de Antonio Silvela: “[...] solo

se advierte una nube general de silenciosa tristeza que presta como un fondo gris al cuadro, pero sin alterar vida ni costumbres ni diversiones, ni sumisión al que sin saber por qué ni para qué le toque ocupar gobierno” (Díaz-Plaja, 1983:477). Para Carr la causa de esta profunda tristeza responde a la forma en que España tuvo que renunciar a las últimas colonias: “La pérdida de la mayor parte del imperio americano en los años veinte no había dejado huella psicológica, pues se perdió durante una guerra civil de los españoles metropolitanos contra los españoles coloniales. Cuba fue arrancada a España por la derrota a manos de una potencia extranjera a la que la prensa había enseñado a despreciar como una nación de vulgares tocineros o a temer como un coloso” (Carr, 1985: 373). El sol por fin se ponía en el Imperio español.

2.2. Contexto de la prensa

Durante los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX, la prensa española vivió su particular “edad dorada” (Sánchez Aranda & Barrera, 1992:167) gracias al favorable escenario creado mediante la consolidación del sistema “canovista” durante los años posteriores a la Restauración borbónica. A este respecto, resultó fundamental la evolución legislativa que en torno a la prensa se desarrolló durante este periodo, en primer lugar con la propia Constitución de 1876 y posteriormente con la Ley de Policía de Imprenta de 1883. Y es que, si bien el artículo 13 de la Constitución de 1876 establecía que “todo español tiene derecho a emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito, valiéndose de la imprenta o de otro procedimiento semejante, sin sujeción a censura previa” (Seoane & Saiz, 2007:129), este derecho no se desarrolló hasta la citada Ley de 1883.

Las reticencias que Cánovas mostró sobre la labor de la prensa y sobre la capacidad crítica de la opinión pública en los primeros años de la Restauración provocaron fuertes restricciones en materia de libertad de expresión entre 1874 y 1879, años en los que quedó prohibido –bajo pena de suspensión– todo ataque contra un sistema monárquico constitucional que se ansiaba consolidar (Seoane & Saiz, 2007). “Los países –diría Cánovas en 1878 en un debate sobre la Ley de Imprenta– que tienen las fortuna de poseer una opinión pública bastante hecha, bastantemente formada y bastantemente severa para servir por sí misma de castigo a los excesos de la prensa, ¡dichosos ellos! [...] Si hay países donde la prensa no produce malos efectos a pesar de sus extravíos,

¡dichosos ellos! Ojalá aconteciese otro tanto en España y Europa [...]” (Fuentes & Fernández, 1997:159).

Sin embargo, y tras estos primeros años de censura, en los años ochenta se produjo el gran auge de la industria periodística, con el consiguiente aumento en el número de publicaciones. Bajo el amparo de la Ley de 1883 –que estuvo formalmente vigente hasta la llegada de la Ley Fraga de 1966 (Sánchez Aranda & Barrera, 1992:169)– España pasó de contar con 544 periódicos en 1879 a 1.128 en 1887, de los que un gran número –el 40 por ciento– estaban ubicados en Madrid y Barcelona (Fuentes & Fernández, 1997:141). No obstante, también existió un importante desarrollo de la prensa de “provincias”, creándose en estos años diarios tan relevantes como *La Voz de Galicia* (1882), *El Noticiero Sevillano* (1893) o el *Heraldo de Aragón* (1895) entre otros, que se unieron a los ya existentes *El Faro de Vigo* (1853) o *El Norte de Castilla* (1854).

Dentro de la enorme diversidad que presentaba el mapa periodístico español en la segunda mitad del siglo XIX, Fuentes y Fernández Sebastián establecen dos bloques diferenciados de publicaciones: las integradas dentro del sistema turnista y las que no tendrían cabida en el mismo (Fuentes & Fernández, 1997:141). Dentro del primer grupo se situarían los diarios vinculados a la ideología de los dos partidos dinásticos que protagonizaban el turno; mientras en el segundo bloque se situarían todas aquellas publicaciones de ideario carlista, republicano, anarquista, socialista, regionalista o nacionalista.

De entre todos los diarios de partido existentes durante la Restauración, el más destacado fue *La Época* (1849), el cual encabezó la prensa conservadora del país y ejerció como portavoz de Cánovas, quien precisamente fue asesinado mientras leía uno de sus ejemplares. *La Época* era un diario de minorías elitistas, de alto precio –cada ejemplar suelto costaba de 13 céntimos, casi tres veces más que los diarios más difundidos– y tiradas de tan solo 2.200 ejemplares diarios. Otros periódicos de partido relevantes fueron *El Correo* –vinculado a Sagasta– y, ya al margen de las fuerzas del turno, el obrero *El Socialista* (1879), el republicano *El Globo* (1875) o el integrista *El Siglo Futuro* (1875).

En cualquier caso, y pese a su expansión, la mayoría de los diarios de opinión y de partido irían reduciendo su impacto en la sociedad, víctima de un nuevo modelo periodístico que, como en todos los países desarrollados, se impondría también en

España: el periodismo “industrial” o de “empresa” (Seoane & Saiz, 2007). De la mano de este periodismo los periódicos comenzarán a concebirse como un elemento de negocio y no como un altavoz de tendencias políticas. De este modo, se fomentará la creación de diarios independientes destinados a un público heterogéneo, se aumentará notablemente la media de las tiradas y se otorgará una mayor importancia al atractivo de las informaciones.

En España, los nuevos diarios independientes no llegarían en absoluto a alcanzar las tiradas millonarias de sus homólogos internacionales –como se indicará más adelante–, ya que el lastre que suponía una tasa de analfabetismo que abarcaba a dos tercios de la población del país se tornó insalvable para un periodismo que comenzaba a ser de “masas” (Gómez & Marín, 1999:72). El escaso urbanismo y el subdesarrollo económico de las últimas décadas del siglo XIX impidieron también el todavía mayor alcance de una prensa en plena renovación técnica y de formatos (Seoane & Saiz, 2007) –comienza a desarrollarse en estos años el periodismo gráfico (Fuentes & Fernández, 1997)–.

No existen datos definitivos sobre las tiradas exactas que presentaban los diarios independientes de mayor importancia de la época, pues la lucha por autoproclamarse como “el diario de mayor circulación” provocó frecuentemente cifras agrandadas (Seoane & Saiz, 2007: 130). Por norma general, se coincide en que muy pocos diarios superaron regularmente los 100.000 ejemplares al día, aunque ante acontecimientos de especial interés popular la venta de periódicos se disparaba. Uno de estos acontecimientos, convenientemente aprovechado por los directores de los periódicos, sería el crimen de la calle de Fuencarral en 1888. Ejemplo de información morbosa que atrajo a un gran número de lectores y con la que el sensacionalismo irrumpió en el periodismo español (Sánchez & Barrera, 1992). Años más tarde, también la Guerra de Cuba volvería a generar ventas masivas de diarios.

El periódico independiente más relevante de entre los surgidos en la segunda mitad del siglo XIX, y el más destacado tanto por prestigio literario como por número de ejemplares a finales de siglo, fue *El Imparcial*. Fundado en Madrid en 1867 se convirtió en el diario más importante del país y revolucionó la prensa con su suplemento de los lunes. “Publicar en su célebre suplemento literario de los lunes –defienden Seoane y Saiz– y no digamos en el propio diario era la máxima aspiración de todo escritor” (Seoane & Saiz, 2007:133). Durante sus primeros años rivalizó con *La*

Correspondencia de España (1859) –el otro gran diario independiente del momento–, aunque pronto lo superaría. Más tarde, en 1879 nacería *El Liberal*, como consecuencia de una escisión en la redacción de *El Imparcial*, y se convertiría en el gran rival de este durante los años de la guerra en Cuba. Años en lo que *El Imparcial* alcanzaría su mayor esplendor con tiradas que se estima pudieron llegar a los 130.000 ejemplares diarios, aunque el propio periódico afirmaba tirar más de 150.000.

El desarrollo de la prensa de masas y los cambios que acontecían en el panorama periodístico español se produjeron también, y de manera aún más evidente, a nivel internacional. En Francia, en Gran Bretaña y, especialmente, en los Estados Unidos la constante aparición de nuevos diarios destinados a un público cada vez mayor originó la necesidad de emprender auténticas luchas comerciales apoyadas en los avances técnicos –que permitían imprimir hasta 200.000 diarios a la hora– y fundamentadas en la bajada de los precios de los diarios y la creación de nuevas fórmulas periodísticas con la que atraer a nuevos lectores. Evolucionan así los titulares –que se agrandan e incluso colorean–, las ilustraciones, la temática de las informaciones –más banales y morbosas que antes– e incluso ya las fotografías. Todo ello conforma la esencia de un ‘Nuevo Periodismo’, uno verdaderamente “popular” (Gómez & Marín, 1999).

Es un periodismo que busca agitar a su lector y, mediante un discurso y unas informaciones llamativas, continuar generando beneficio económico, el verdadero motor de sus acciones. Uno de los ejemplos más evidentes de cómo una información truculenta y morbosa simbolizaba una gran oportunidad de mercado se encuentra en la amplia cobertura que en 1888 la prensa británica ofreció sobre los crímenes de quien bautizaron como ‘Jack el Destripador’ (Gómez & Marín, 1999). Aunque fue sin duda en los Estados Unidos donde las prácticas de este ‘Nuevo Periodismo’ fueron más claras e influyentes.

El súmmum de los nuevos usos que se comenzaban a ejercer en la prensa mundial se dio en el marco de la rivalidad que en la ciudad de Nueva York mantuvieron en los últimos años del siglo XIX los diarios *The New York World* –propiedad de Joseph Pulitzer– y *The New York Journal* –propiedad del magnate William Randolph Hearst–. Este último llegó a conseguir captar para su diario al grueso de los trabajadores que Pulitzer tenía en nómina con el afán de incrementar el potencial del *The Journal* respecto al *The World*. Logró incluso contratar a Richard F. Outcault, dibujante estrella

de Pulitzer y creador de *The Yellow Kid*, que daría nombre al periodismo amarillo que acabarían ejerciendo ambos diarios (Santos, 1998). Todo valía para vender más periódicos.

“Para Hearst –afirma Félix Santos– el periódico debía poner en vilo cada día al lector. Debía llenarle de estupor, conmoverlo o indignarle por cualquier medio, ofreciéndole noticias nuevas y sobre todo inesperadas. Su lema era el de vender emociones, fueran o no veraces las informaciones” (Santos, 1998: 32). A su vez, Gómez y Marín defienden que este tipo de prensa estaba influenciada por corrientes nacionalistas y que a través de su gran poder para influir sobre la opinión pública definían los enemigos “internos y externos de la nación” (Gómez & Marín, 1999:76). La Guerra de Cuba, sus casusas y su aprovechamiento mediático son el más claro ejemplo de que ambas afirmaciones son ciertas.

Bajo la influencia de la Doctrina Monroe y con la autoimpuesta necesidad de transmitir a los lectores informaciones atractivas con las que rivalizar en el competitivo mercado mediático, Hearst en primer lugar y Pulitzer después desarrollaron a través de sus diarios una intensa campaña en favor de la intervención estadounidense en el conflicto cubano. Conflicto que más tarde pasaría a la historia como la “primera guerra mediática” (López García, 2001).

Durante los primeros años del conflicto hispano-cubano este periodismo, que no se detenía ante nada ni nadie (Companys, 1998), atribuyó a los soldados y oficiales españoles en Cuba toda serie de barbaridades y malos tratos hacia los civiles isleños. Muy reconocibles son las ilustraciones que el diario *The Journal* publicaba de soldados españoles con los sables ensangrentados o de menores famélicos como “resultado directo de las órdenes de Weyler”, tal y como enunciaba el titular del periódico neoyorquino. Y es que, durante el tiempo que duró su mando en Cuba, el “carnicero español” –como fue apodado Weyler– se convirtió en el objetivo principal de las críticas norteamericanas. Las impactantes ilustraciones promovieron un movimiento nacional en favor de la intervención en Cuba (Vidal Coy, 2006), pese a que su verosimilitud parece del todo descartable. No obstante respondían al encargo personal que Hearst realizó a su corresponsal gráfico en Cuba, Frederick Remington: “Tú pon las imágenes que yo pondré la guerra” (Vidal Coy, 2006:10).

Al margen de las polémicas ilustraciones, los diarios neoyorquinos llevaron a cabo otras actuaciones más directas para conducir a su país a la intervención. Valga como primer ejemplo la liberación que el propio *The Journal* realizó de la prisionera Evangelina Cisneros, quien había protagonizado durante meses los relatos más emotivos del medio, y su posterior exhibición por los Estados Unidos narrando la maldad de los españoles (Santos, 1998). El mismo diario conseguiría ya en 1898 interceptar una carta del embajador español en Washington –en la que criticaba la capacidad política del presidente McKinley– y publicarla en su primera plana, provocando la indignación del país.

Aunque sería la explosión del acorazado *Maine* y su aprovechamiento mediático lo que acabaría forzando la entrada de los Estados Unidos en la guerra (Vidal Coy, 2006). Desde el primer momento la explosión fue atribuida sin reflexión a un agente externo –siempre español– con titulares como: “La destrucción del buque de guerra Maine fue obra de un enemigo” o “¿La explosión del Maine obra de una bomba o un torpedo?”.

Desde la perspectiva de la prensa española, y sin querer entrar de lleno en la postura que adoptó de cara a la guerra –pues su fase decisiva se analizará ampliamente en la segunda parte de este trabajo–, podría señalarse –así lo hace Díaz-Plaja– al artículo publicado el 27 de enero de 1898 en *El Correo Español* y titulado “Basta ya” como indicativo del sentir general de los medios españoles respecto a las tensiones que provocarían la guerra con los Estados Unidos. “A los ojos de un mundo que un día tembló en nuestra presencia –reza el artículo–, esa nación de mercaderes se entretiene para recreo propio y regocijo de extraños, en golpear nuestra humillada frente con la vara de medir, con las pesas de despachar sus cerdos. [...] Ahí está, como una amenaza ya inaguantable, como un reto solemne, como una declaración de guerra. [...] No exigir al gobierno de Washington una pronta y satisfactoria explicación –a propósito de la presencia del *Maine* en La Habana– es una infamia. [...] Los Estados Unidos alientan la insurrección, buscan un conflicto [...], a lo que, desde un principio debería haberse atrevido España, no sólo por su honor, sino por sus conveniencias, y no estar desprevenida e inerme” (Díaz-Plaja, 1983:457-458).

Hay que mencionar también la importancia que la Guerra de Cuba tuvo para el desarrollo de la prensa española desde que estallase la revuelta isleña en febrero de 1895. A partir de entonces y hasta el final del conflicto, las informaciones procedentes

de la Grande Antilla coparon las páginas de unos diarios que multiplicaron sus tiradas a niveles históricos (Sánchez Illán, 1999), gracias también a la tarea e importancia que se les otorgó a los corresponsales durante la guerra (Lowry, 1998). Periódicos como *El Imparcial* se implicaron de tal manera con la causa española en Cuba que promovieron “corridos patrióticos” benéficos (De Haro, 2011) en favor de los soldados y crearon Juntas de Socorro en los principales puertos españoles para auxiliar a los combatientes nacionales que llegaban del Caribe (Sánchez Illán, 1999).

Una vez finalizada la guerra con la derrota española, los mismos diarios que habían gozado del favor de la gente mientras duró el conflicto –especialmente los madrileños– fueron cayendo en una gran crisis de credibilidad y ventas. Consecuencia de la desaparición del interés que despertaba la guerra, de la desconfianza provocada en los lectores y de la creciente competencia de los periódicos provinciales (Seoane & Saiz, 2007).

3. ANÁLISIS DE LOS DIARIOS: EL IMPARCIAL Y LA ÉPOCA

Como ya se mencionó en el apartado metodológico de este trabajo, el siguiente análisis se ha realizado a través de la lectura y el desglose de todos los ejemplares de *El Imparcial* y *La Época* disponibles en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional, publicados entre el 1 de abril de 1898 y el 15 de julio del mismo año. En total, y debido a la no conservación de algunos ejemplares, el número de diarios analizados ha sido de 204 sobre 212 posibles.

Pese al buen estado que en general presentan los periódicos digitalizados, en algunos números la poca tinta de algunas páginas, lo difuminado de ciertas palabras y la existencia de espacios en blanco han dificultado la lectura y comprensión de su contenido. En todos ellos se ha llevado a cabo un triple análisis, con el objetivo de establecer los patrones de presentación, orientación, conformación y origen de las informaciones publicadas.

En primer lugar, se ha atendido a la maquetación y el diseño de ambos periódicos para conocer la manera en la que eran presentados los contenidos en plena revolución periodística y, principalmente, de qué modo se incluían las informaciones de un tema tan relevante como la Guerra en las páginas de los diarios seleccionados. Diarios cuyas diferencias de base y objetivos hacen que la comparativa de sus aspectos gráficos sea muy interesante. A este respecto, el del análisis de la composición, hay que mencionar la dificultad que supone el estudio de modelos arcaicos tan diferentes de los actuales y que, por tanto, no permiten realizar un examen al uso atendiendo a la paginación, las fotografías, la publicidad, las secciones o los tipos utilizados.

De este modo, se ha optado de inicio por describir la estructura básica de ambos diarios y señalar sus peculiaridades y diferencias más notables, para después incidir en la situación y la organización de las noticias y ‘secciones’ relacionadas con Cuba.

En segundo lugar, se ha examinado la línea editorial de ambos diarios y su evolución durante el periodo analizado, a través de su posicionamiento ante los hechos más destacados. Para ello se han seleccionado los hitos informativos más relevantes de cada mes analizado y se ha realizado una comparativa entre la opinión de ambos diarios al respecto. En este apartado de estudio de la opinión editorial se han tenido en cuenta

únicamente los artículos editoriales y aquellos artículos realizados desde la propia redacción en Madrid que contuviesen una importante carga interpretativa.

Por último, y como tercer apartado del análisis, se ha reparado en las informaciones publicadas cuya elaboración se realizó desde el lugar de los hechos gracias al trabajo de los propios corresponsales del medio –cuya figura fue especialmente potenciada y relevante en el conflicto cubano– o del de los corresponsales de otros medios, de cuyas informaciones se hicieron eco tanto *El Imparcial* como *La Época* y las reprodujeron en sus páginas cuyas. Se trata, no tanto de seguir la cronología de la Guerra a través de estas piezas, sino de conocer el estilo de las informaciones que se recibieron “por el cable” y compararlas con las realizadas desde Madrid, además de observar qué peso le otorga cada diario a este tipo de noticias.

3.1. Diseño y estructura

Lo primero que habría que indicar sobre la composición de *El Imparcial* y de *La Época* es que ambos diarios constan de cuatro páginas, de las cuales una –la última– se dedica siempre a la publicidad, enteramente en el caso de *El Imparcial* y la mitad de ella en el caso de *La Época*. Los dos diarios comparten además una maquetación a cinco columnas que no se romperá salvo en contadas ocasiones y ante hechos muy puntuales.

La cabecera de los dos periódicos es muy austera y en ella se indica, sin ningún tipo de alarde gráfico, el título del diario, el precio, la ideología –en el caso de *El Imparcial*– y su carácter vespertino –en el caso de *La Época*–. Un elemento destacado de la cabecera de *El Imparcial*, y que le distingue notablemente de *La Época*, es la referencia precisa que de manera diaria realiza sobre la tirada que ha distribuido en las calles, bajo el enunciado de: “*El Imparcial* es el periódico de mayor circulación de España”. Este elemento es importante porque sirve para ejemplificar el carácter de esa nueva prensa comercial, cuyo mayor exponente es este diario.

A este respecto, el comercial, hay que mencionar que con objeto de fidelizar y atraer lectores ambas publicaciones incluyen de manera regular pequeñas historietas seriadas, generalmente en la última página. Este elemento será el único aspecto que, más allá de la calidad de las informaciones, pudiera añadir un verdadero atractivo al producto.

En cuanto a la pura estructura de los contenidos, durante el periodo analizado, ambos diarios abren con un amplio artículo editorial, que generalmente supone la pieza de mayor tamaño del periódico. A partir de aquí la organización de los contenidos se vuelve un tanto desordenada –se intercalan informaciones sobre temas completamente distintos–, pues no existen verdaderas secciones, sino unos patrones que se repiten regularmente en cada número de las publicaciones.

Por norma general, *El Imparcial* dedica enteramente las dos primeras páginas –más incluso– de cada ejemplar a informar sobre el conflicto en Cuba. Esa información o, mejor dicho, sucesión de informaciones, se compone de manera arbitraria de comunicaciones llegadas “por el cable” –convenientemente indicadas como tales–, reflexiones del diario sobre los acontecimientos de los que se informa, telegramas oficiales y ecos de la prensa mundial. En la tercera página se incluyen los asuntos relativos a la política interior y los “Últimos telegramas”. Y es que, el diario va componiéndose cronológicamente a medida que llegan las comunicaciones de las diferentes corresponsalías, lo que provoca que el lector pueda “vivir” la actualidad de la misma manera que los editores, pero también que las últimas informaciones puedan desmentir a las que abrían el periódico ese mismo día.

Ejemplo de presentación de las informaciones de corresponsalía en *El Imparcial*

<p>se admiten los pagos más que en billetes de Banco. En el Círculo Mercantil de dicha ciudad se está firmando una felicitación dirigida a dichos señores por su patriótica conducta. Hoy debe celebrarse una manifestación en Méjico, y se dice que tiene por objeto evitar el cambio de la pista en el Banco.</p> <p>LA GUERRA</p> <p>DESDE NUEVA YORK (Por el cable) (De nuestro corresponsal) NUEVA YORK 24</p> <p>El “Miguel Jover,”</p> <p>Circula aquí la noticia de que el cañonero yanqui <i>Helena</i> ha apresado, cerca de Cayo Hueso, al vapor de la matrícula de Barcelona <i>Miguel Jover</i>, de 3.591 toneladas. Es un barco magnífico de hélice y casco de acero. Iba de Nueva Orleans á Barcelona, con</p>	<p>Contra el “Temerario.” Habiéndose ocupado el ministro de Marina de que el barco decida salir al encuentro del cañonero-torpedero español <i>Temerario</i>, que ha salido de Buenos Aires, ha dispuesto que preste este servicio el cañonero protegido <i>Marcelo</i>.</p> <p>El “Oregon,” El acorazado <i>Oregon</i>, de 10.200 toneladas, ha llegado á Punta Arenas.—L.</p> <p>DESDE WASHINGTON (Por el cable) (De nuestro corresponsal) WASHINGTON 23</p> <p>Las presas ilegales.—Reclamación del embajador de Francia</p> <p>El embajador de Francia en Washington, encargado, como es sabido, de la protección de los intereses españoles en los Estados Unidos, ha protestado ante el gobierno de Mack-Kinsey de la captura del <i>Bucarenevna</i>.</p> <p>Funda su protesta en que la presa se ha hecho antes de la declaración de guerra. Esta reclamación ha impresionado mu-</p>	<p>En Filipinas DESDE MANILA (Por el cable) (De nuestro corresponsal) Manila 24 (10,45 mañana)</p> <p>Españolismo.—Ofrecimientos patrióticos.—Una manifestación. Las proivicias.</p> <p>Hoy se ha verificado en Manila una entusiasta manifestación de todos los elementos sociales.</p> <p>Inmenso número de personas ha acudido al palacio de Malacañan dando vivas á España, al general Aguqui y á los reyes.</p> <p>Una comisión de los manifestantes ha subido á las habitaciones del general para expresarle la firme resolución del vecindario de Manila de dar vitas y naciones para la defensa de la integridad de la patria.</p> <p>El general Aguqui ha pronunciado un discurso inspirado en el más ardoroso y noble entusiasmo y agradeciendo las demostraciones de españolismo que se estaban realizando.</p>
--	---	---

De la misma manera, *La Época* presenta también una ordenación cronológica y una estructura en la que las dos primeras páginas se dedican casi íntegramente a noticias relacionadas con la Guerra, en las que es necesaria la lectura para determinar el origen. Hay que mencionar que la proporción de informaciones de corresponsales propios respecto a la que presenta *El Imparcial* varía considerablemente en estas páginas, tal como se indicará de manera más amplia en el tercer apartado de este análisis. En la

tercera página aparecen nuevamente las noticias nacionales y la “sección” “Noticias de la noche”, que completa la información diaria.

Si bien, como se ha dicho, no existen secciones definidas, sí hay algunos apartados que diariamente, y bajo el mismo enunciado, se hacen eco de un cierto tipo de informaciones. El más claro ejemplo se encontraría en las “secciones”: “Por la patria” – de *El Imparcial*– y “Movimiento Patriótico” –de *La Época*–. En ambas, los diarios enumeran y describen todos los actos de expresión patriótica que hayan tenido lugar durante el día anterior por toda la geografía española. En lo que puede entenderse como una sección especial creada únicamente al calor de la Guerra.

En lo referente a la utilización de los tipos en titulares y cuerpo de texto, hay que mencionar la enorme variedad de tipografías y cuerpos que están presentes en los encabezados de las noticias de ambos diarios. Si bien esta variedad existe en las dos publicaciones analizadas, es en *El Imparcial* donde la alternancia de tamaños viene determinada verdaderamente por la importancia y gravedad de las informaciones. En *La Época*, por su parte, los diferentes tipos y cuerpos utilizados responden a normas de estilo. No obstante, para las noticias de extrema importancia *La Época* utiliza recursos estilísticos incluso más llamativos que los de *El Imparcial*, como son los titulares a dos columnas.

Ejemplo de titular a dos columnas utilizado por *La Época* ante acontecimientos de importancia

<h1>EL SITIO DE SANTIAGO DE CUBA</h1>	
(TELEGRAMA OFICIAL)	
Avance de los americanos.—El general Linares herido.—El general Toral.—Ataque a Caney.—Sin noticias de los refuerzos.	Los refuerzos españoles. El ministro de la Guerra recibió anoche un telegrama del general Blanco dando cuenta de que seguía incomunicado con Guantánamo y que no había podido enviar fuerzas a determinados puntos por dificultades materiales. Añade que, apesar de hacer nueve días que salió para Santiago la brigada Escario, no tiene noticia de ella.
HABANA 1.º—MADRID 2.º.—Capitán general á ministro Guerra:	

Hasta en cuatro ocasiones, durante el periodo analizado, el diario conservador utilizó el recurso de los titulares a dos columnas, los cuales englobaban las noticias relativas al hecho enunciado. Estos encabezados, a saber: La guerra contra Estados Unidos, La guerra en Filipinas, El sitio de Santiago de Cuba y Los combates de Santiago de Cuba; se mantuvieron presentes en el diario durante los días en que las noticias a las que hacían referencia siguieron de plena actualidad y urgencia. Este recurso no fue empleado en ningún momento por *El Imparcial* para enunciar sus informaciones, que solo recurrió a él para encabezar ciertas ilustraciones.

Durante los tres meses y medio que se han analizado, la tónica general en el diseño de los diarios es completamente ajena a la utilización de elementos gráficos que rompan la monotonía del cuerpo de texto. Sin embargo, y ante relevantes informaciones al respecto de la Guerra, ambos diarios convinieron en publicar de manera informativa ilustraciones –amplísimas en ocasiones– sobre los campos de batalla de las principales plazas de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Así pues se difundieron en sus páginas dibujos detallados sobre las bahías de Manila, Santiago de Cuba, San Juan de Puerto Rico y Guantánamo.¹

Ejemplo de ilustración en *El Imparcial*



Croquis del lugar de la batalla de que dan cuenta nuestros telegramas de hoy

No puede afirmarse que la publicación de estas amplias ilustraciones respondiese a una estrategia comercial con la que atraer la curiosidad de los lectores, ya que estas son tan informativas y tan escasas que no tendría sentido. Máxime cuando en el caso de *La Época* estos dibujos aparecen publicados en las páginas dos y tres del periódico.

3.2. Opinión editorial

A lo largo de los años, se ha visto consolidada la idea de que la prensa española de 1898 –o al menos cierta parte de ella– informó y valoró de manera irresponsable las posibilidades reales de España ante un conflicto contra los Estados Unidos. Esto habría

¹ Las marcas adaptaron sus mensajes publicitarios con motivo de la contienda. Destaca el eslogan que el día de la declaración de guerra promocionaba al ponche PUM, el cual rezaba con un notable doble sentido: “Contra los yankees ¡PUM!”

llevado a engaño a una población que tuvo que asumir una contundente derrota, quizás inesperada, y que perdería buena parte de su confianza en la prensa tras el Desastre. Félix Santos considera, por ejemplo, que la prensa española de mayor difusión empleó, cuando la guerra ya era inminente, “posiciones patriotas y castizas con asomos de infantil bravuconería haciendo creer a los lectores que la Escuadra española y el Ejército terminarían con los yankees en cuatro días” (Santos, 1998:16). En esta segunda parte del análisis se tratará, precisamente, de reflejar cuáles fueron las opiniones que *La Época* y *El Imparcial* plasmaron en sus editoriales, entre el 1 de abril y el 15 de julio de 1898, y si es cierta la idea de una comunicación irresponsable.

El periodo de mayor reflexión en los editoriales a propósito de la guerra se localiza durante el mes de abril y hasta el inicio del conflicto, así como en los últimos días analizados de julio, donde se valora ya la posibilidad de firmar la paz. Entre los citados meses, los editoriales van a remolque de la actividad bélica y transmiten opiniones ágiles sobre hechos no siempre contrastados. Unas opiniones que, como se verá, fueron vertidas de manera más vehemente en el caso de *El Imparcial* y más meditada en el caso de *La Época*. De cualquier manera, con numerosas contradicciones.

Hay que comenzar diciendo, por seguir el orden cronológico, que a principios de abril tanto el diario liberal como el conservador muestran su resignación ante la inminente guerra, al no haber minado las concesiones españolas –la autonomía cubana o la eliminación de los concentrados– la belicosidad en los Estados Unidos y su prensa. Una guerra del todo no deseada por España y que pareció poder evitarse en el último momento gracias a la mediación del Papa y las potencias europeas.

La opinión de los dos diarios es opuesta a la hora de valorar el efecto de la mediación del pontífice. A pesar de que ambos se deshacen en elogios hacia el Papa, *La Época* no comparte la visión tan optimista de *El Imparcial*. “Los optimismos –dice el diario conservador– que ayer cundieron por Madrid, motivados por la noticia de la mediación de Su Santidad León XIII, eran exagerados. El verdadero estado de las cosas dista mucho del que el público creyó ver planteado, y requiere mucha prudencia y reflexión en políticos y gobernantes” (*La Época*, 5/4/1898: 1).

Respecto a la mediación de las potencias, la cual se presenta como la más efectiva y se entiende como una “recompensa” a los esfuerzos españoles, los dos diarios hablan de que el peligro del estallido inminente de la guerra parece haberse “diferido”, aunque no

eliminado. No obstante, *El Imparcial* apunta que en caso de contienda final España no “rehuirá la Guerra y peharemos por nuestra honra”, pues sostiene que, pese al mayor potencial norteamericano, “una máquina, por perfecta y acabada que sea, se destruye; un sentimiento noble no muere jamás” (*El Imparcial*, 7/4/1898: 1).

Finalmente, la mediación internacional propició la concesión de una tregua a la Antilla. Tregua que *El Imparcial* no aceptó con agrado al entender que ya se había interrumpido en varias ocasiones el fuego sin obtener resultado. Por lo que lanzó dos rotundas demandas: “a Cuba nuestros barcos” y “tregua corta” (*El Imparcial* 12/4/1898: 1). Al mismo tiempo, *La Época* ve en el alto el fuego una gran oportunidad con la que “hemos recobrado nuestra capacidad de acción, alejándonos de lo irreparable, de lo que no hubiese tenido remedio, una vez rotas las hostilidades” (*La Época*, 10/4/1898: 1) y critica que, pese al gesto español, “los números del *World* y del *New York Journal*, llegados hoy, vienen atestados de mentiras, sandeces y exageraciones, de las que nos ocuparíamos como merecen si estuvieran los tiempos para bromas” (*La Época*, 10/4/1898: 2).

Cuando a mediados de abril las Cámaras norteamericanas aprobaron una declaración del presidente McKinley perfectamente entendible como un ultimátum a España y un insulto a su soberanía en Cuba, *El Imparcial* y *La Época* reaccionaron con fortísimas críticas. El primero de los diarios consideró que “jamás se ha hecho por pueblo alguno política internacional más grosera, más inferior, más despreciable, que la practicada hoy por los norteamericanos” (*El Imparcial*, 16/4/1898: 1). Consideraciones compartidas por *La Época*, que lanzó su editorial más vehemente, resignado ante la guerra, pero esperanzado porque “al cabo de todo, no son las concesiones generosamente hechas por España, desde 1896 hasta el día, lo que ha impedido a los poderes públicos de los Estados Unidos el lanzarse a la guerra, sino la convicción de que son muy vulnerables, y la inquietud que les producen nuestros cruceros y destroyers” (*La Época*, 14/4/1898: 1).

Desde este momento, en el que la guerra se da por hecho, *El Imparcial* comienza a llamar a la “unidad patriótica” y al apoyo de las instituciones. Considera que España no ha de temer ni soportar ofensas como las que siguen llegando a cuenta del Maine, que “ellos mismos dejaron hundirse por torpes, por inhábiles” (*El Imparcial*, 15/4/1898: 1). También piensa que España ha de cuidarse de no ofender para que sean los Estados

Unidos quienes inicien un conflicto al que el país acudirá con “gran lucidez”, gracias a los planes que ya están trazando los ministerios de Guerra y Marina.

La Época también llama al mantenimiento de las relaciones para que no sea España quien desencadene la guerra. Una guerra a la que consideran que los Estados Unidos acudirán con “fuerzas terrestres del todo insuficientes” y con gran temor a una lucha que se alargue en el tiempo. Aspecto esperanzador para la publicación, pues mantiene que “España suele hacer guerras largas, por lo mismo que no las emprende sin justicia y razón” (*La Época*, 13/4/1898: 1).

Con la declaración formal de guerra, se puede observar en los editoriales de los diarios analizados el distinto talante de ambas publicaciones. *La Época* proclama: “Sirvamos todos a la patria, y, sean cualesquiera las contingencias del porvenir, no serán inútiles ni perdidos nuestros esfuerzos” (*La Época*, 26/4/1898: 1); al tiempo que se emplea en informar pausadamente del marco jurídico y legal que rodeará a la guerra y en advertir del peligro de exaltar las pasiones.

Mientras, *El Imparcial* se muestra más impetuoso en sus arengas, aportadas sin ninguna reflexión. “No hay para qué referirse –publica– a los españoles que empuñan las armas en tierra firme o en los barcos de nuestra armada; aquí sobra el valor personal y el desprecio de la vida; el que nace en España podrá ignorar muchas cosas, pero sabe morir bien. Venga, si los acontecimientos son adversos, rota la armada, desgarrada la bandera pero llegue entera la honra, limpísimo y solo móvil que nos impulsa a la contienda. Alienten todos, que, aun cuando triunfase la mentira de la verdad, la injusticia de la razón, la fuerza del derecho y el bandolero del legítimo dueño, si salvamos el honor restañaremos muy luego las heridas” (*El Imparcial*, 22/4/1898: 1).

Ya en el mes de mayo, la primera información relevante se torna en una de las más decisivas de la Guerra, pues tiene lugar el “desastres de Cavite”. Ante la durísima y clara derrota que sufre la escuadra española el dolor se apodera de los diarios. “Nuestro pueblo –dice *El Imparcial*– estaba apercebido a la desgracia; pero no creyó jamás en que esta pudiera herirle de un modo tan doloroso” (*El Imparcial*, 3/5/1898: 1). *La Época* repara en que, pese al terrible desastre, “el honor del pabellón está a salvo. Ni un solo buque español ha arriado la bandera; unos han sucumbido en la desigual pelea, otros han sido echados a pique por sus tripulantes; ninguno ha sido prisionero del enemigo”.

“¡Honor para los marinos y para los jefes que han muerto gloriosamente!” (*La Época*, 2/5/1898: 1), termina diciendo.

En los días siguientes a la derrota en Filipinas, los diarios dedican sus editoriales a criticar la imprevisión del Gobierno español, que el diario conservador justifica en la creencia de poder evitar la Guerra. También se demanda, por parte de *El Imparcial*, un cambio al frente del Ministerio de Marina, al cual se estaba alabando hacía tan sólo dos semanas. Se puede leer, además, como *La Época* menosprecia la importancia de los barcos que lucharon en Cavite –“fuerzas sutiles algo aumentadas” dice de ellas– y, por tanto, hace de menos la victoria norteamericana, al tiempo que confía sus esperanzas a la escuadra de Cervera –“al nivel de las mejores” (*La Época*, 8/5/1898:1)–.

Pero lo que verdaderamente destaca son los mensajes alentadores que especialmente genera *El Imparcial*, aunque *La Época* tampoco abandona la confianza en las posibilidades españolas. El diario liberal considera que “España se siente con fuerzas para luchar todavía mucho tiempo contra la adversa fortuna; pero necesita tener fe en que sus vigorosos esfuerzos no serán perdidos” (*El Imparcial*, 4/5/1898: 1), en un claro mensaje al Gobierno. Y advierte a la opinión internacional que ya ve decidido el resultado de la guerra que “no todo enfermo acaba muriendo” (*El Imparcial*, 6/5/1898).

Ante la inacción del Gobierno de Sagasta se exige en la prensa una urgente toma de decisiones que tenga también por objetivo recuperar el control del archipiélago asiático. “La suerte de millares de españoles en Filipinas, los destinos de nuestra raza en América, el orden social en la Península, el honor de la patria en todas partes exigen acción, y acción enérgica y pronta” (*El Imparcial*, 10/5/1898:1), demanda *El Imparcial*.

Sorprende que cuando se hace balance en la prensa sobre la situación del conflicto para los intereses españoles exista un optimismo creciente, por la buena defensa que viene haciendo el ejército de las plazas coloniales, alabada en ambos diarios. Hasta tal punto llegan las buenas sensaciones que *La Época* se hace eco de la positiva opinión popular que apuesta por que “sin Cavite, España estaría en una posición favorable en esta Guerra” (*La Época*, 21/5/1898: 1). A ello también ayuda la llegada de la escuadra de Cervera a Santiago de Cuba, lugar tan “bien posicionado y seguro”.

La noticia de que un buque norteamericano ha intentado internarse en la Bahía de Guantánamo hondeando el pendón español en su pabellón, para no ser descubierto y

poder cortar cable telegráfico indignó profundamente a la prensa. Se habla de “falta de honra” y “cobardía” en el ejército estadounidense, y desde *La Época* se vaticina que por esta falta de respeto, que jamás realizaría el ejército español, “España tendrá muy pronto aliados” (*La Época*, 22/5/1898: 1).

Hay que mencionar que en varias piezas a lo largo del mes de mayo, los dos diarios afirman estar reservándose información privilegiada acerca de los movimientos de las escuadras nacionales para velar por la seguridad de los planes de guerra del país. Favor que, no obstante, no impide que *La Época* reciba y publique una carta del general Primo de Rivera criticando la manera de informar y falsear los resultados de las operaciones de guerra por parte de este medio.

Con la entrada del mes de junio llegan pequeñas victorias para el bando español, muy distintamente entendidas por los dos diarios analizados. Mientras *El Imparcial* ensalza la victoria con gran celebración y lanza mensajes a los norteamericanos como: “el león es más fiero de lo que vosotros pensabais” (*El Imparcial*, 2/6/1898: 1); *La Época* se muestra más comedido y realista. Sostiene este diario que los mencionados triunfos no son tales, pues el rechazo de los buques yanquis responde a concesiones programadas por los Estados Unidos en misiones únicamente de reconocimiento.

En este momento de la contienda cada periódico fija la prioridad de sus editoriales en una plaza distinta de la Guerra. *El Imparcial* se mantiene atento a los movimientos en torno a Santiago y se muestra convencido de que la publicación de una ilustración de su bahía ha ayudado a la ciudadanía a comprender en qué buena posición están los españoles, pese a que no se oculta el menor potencial militar. Por su parte, *La Época* fija su atención en la actualidad de Filipinas, donde el abandono del Gobierno ha provocado que allí se dé la peor situación de Guerra.

A propósito de Filipinas, hay que destacar, por curioso y por ejemplificador del tono de la publicación, parte de un editorial que *El Imparcial* realiza sobre la posibilidad de rendirse ante los rebeldes nativos por la inacción del Gobierno. “¡Rendirse –dice– ante aquellos seres que acaban de perder la cola, que proceden de la selva, recién se apean del árbol; rendirse tropas españolas a las incultas manadas de simios que cercan la ciudad de Manila, será gran mengua!” (*El Imparcial*, 11/6/1898: 1).

Durante la segunda mitad de junio comienzan a aparecer en los editoriales de *La Época* y *El Imparcial* las primeras reflexiones acerca de la paz, motivados por el creciente interés internacional en la misma. *El Imparcial* se muestra contrario a firmar una paz en estos momentos, pues considera que la Guerra no solo no está perdida, sino que cada vez está siendo más complicada para el enemigo y en ningún caso ahora sería una paz ventajosa. *La Época* no se pronuncia de manera clara pero, pese a reconocer la “infinita superioridad terrestre” de España, considera que solo se puede aspirar a una fuerte defensa y esperar a alcanzar “las tablas”.

En medio del enfrentamiento particular entre los diarios y las instituciones, en el que de nuevo el general Primo de Rivera sentencia que “los grandes periódicos han hecho a nuestra patria más daño que ningún otro elemento al organismo” (*El Imparcial*, 18/6/1898: 1), el ataque definitivo a Santiago parece estar ultimándose por los Estados Unidos. La cada vez más complicada situación en la ciudad cubana provoca un nuevo debate sobre una paz a la que se sigue oponiendo *El Imparcial*, mientras *La Época* insta al Gobierno a tomar decisiones. “Se declaró la guerra por miedo a los gritos de la calle. Quizá se prolonga ahora por temor también. La debilidad de ayer sólo puede ser redimida con la energía de hoy” (*La Época*, 29/6/1898: 1), asevera el diario en su editorial.

Cuando al comenzar el mes de julio se inicia el sitio de la ciudad de Santiago y se transmiten las enormes diferencias numéricas de uno y otro ejército, ninguno de los dos periódicos se muestra ya optimista. *El Imparcial* afirma que aun perdiendo la guerra la defensa del honor que se ha hecho basta para la gloria y alaba la figura del soldado español, al que califica como “de todos los del mundo, el más valiente” (*El Imparcial*, 4/7/1898:1). También *La Época* se entrega a las alabanzas de la raza española, pero de manera pausada se lamenta por la imprevisión que ha demostrado el Gobierno durante toda la Guerra.

En este marco de pesimismo, se produjo el hecho informativamente más relevante y, sin duda también, el más traumático para la ciudadanía española. Lo que se va a exponer ahora puede perfectamente servir de apoyo para quienes han mantenido que se informó de manera irresponsable a los lectores. Y es que, un lector de *El Imparcial* que el día 5 de julio comprase el ejemplar de su diario, se acostó habiendo leído cómo de manera inesperada el almirante Cervera había conseguido salir del “embotellamiento”

de la bahía de Santiago, no sin pérdidas, pero con la mejor de las previsiones. También habría leído cómo los yanquis se encontraban en una “situación crítica”, con muchas pérdidas y cómo se disparaba el júbilo en las calles españolas. Cuál no sería la sorpresa de ese lector cuando en la mañana del día 6 se encontrase con la noticia de la completa destrucción de la escuadra de Cervera.

También *La Época*, después de haber publicado el hundimiento de un buque americano por el fuego español, habría participado en este “engaño” involuntario, que bien pudo deberse a la dificultad de las comunicaciones. “Nuestro dolor de hoy – escribía *La Época* tras la derrota– no tiene para nosotros nada de sorpresa. En más de una ocasión lo hemos dicho; las leyes de la lógica son inquebrantables: nuestros cuatro barcos no podían vencer a la formidable escuadra americana. Lo único que España podía esperar de ellos es que perecieran heroicamente. Han perecido: han cumplido con su deber; han realizado lo que España buscaba en esta lucha desesperada a que hemos sido arrastrados por Dios sabe qué ciegas fatalidades: caer con honor” (*La Época*, 5/7/1898: 1).

El desánimo se percibe aún más intenso al conocerse que los norteamericanos tan solo sufrieron una baja en la batalla de Santiago, ante lo que *El Imparcial* llega a afirmar “que aceptaría la patria con resignación mayores penas a trueque de inferir al injusto y codicioso enemigo mayores daños” (*El Imparcial*, 6/7/1898: 1). Pese a todo el diario se resiste a la paz, argumenta que el desánimo no lleva a buenas salidas y mantiene que España siempre se ha mostrado superior en tierra y que, por tanto, no necesita “implorar la paz” aún. *La Época*, en una opinión completamente opuesta, demanda las negociaciones de paz al Gobierno y no entiende cómo puede siquiera plantearse continuar la lucha. Expone también que el Ejecutivo de Sagasta está tratando de usar al ejército, y sus ganas de beligerancia, como excusa para no terminar con la Guerra.

Con al menos Cuba dada por perdida, al igual que la contienda, los últimos editoriales del periodo analizado se centran en pronosticar el posible futuro de la isla y de los españoles que allí residen, además de en desmentir en sus páginas acusaciones como la siguiente: “Se trata simplemente de convencer al gran público, sencillo y olvidadizo, de que la culpa de los desastres de la escuadra es de los periódicos de gran circulación, los cuales, hicieron creer que los Estados Unidos carecían de una marina capaz de medirse con la nuestra y no poseían organización alguna militar” (*El Imparcial*, 13/7/1898:1).

3.3. Información de los corresponsales

Cuando en 1895 se inició la Guerra hispano-cubana, el director de *El Imparcial*, Rafael Gasset, consideró fundamental potenciar el servicio de corresponsales del diario para que los lectores madrileños tuviesen plena información de lo que acontecía en la Grande Antilla. Este compromiso de *El Imparcial* y su director con la información de primera mano se formalizó con el desplazamiento del propio Gasset a Cuba como informador (Sánchez Illán, 1999), de la misma manera que en 1898 haría Hearst para *The New York Journal* (Companys, 1998). Es, por tanto, un periodo periodístico en el que se otorgó una gran importancia al trabajo de los corresponsales, lo cual se evidencia durante los meses analizados en *La Época* y *El Imparcial*.

La relevancia de las informaciones recibidas “por el cable” es notabilísima durante el tiempo de estudio, en el que estas constituyen un amplio porcentaje de los contenidos de ambos diarios, aunque, como se verá, de manera muy distinta en cada uno de ellos. Este tipo de informaciones se incrementó de manera evidente desde la declaración e inicio de la Guerra contra los Estados Unidos respecto a los primeros días de abril, pese a que ya entonces España se encontraba, y desde hacía tres años, en un escenario belicoso.

En esta época, pese a hablar siempre de corresponsales, es necesario distinguir entre los corresponsales nacionales o de provincias y los internacionales. Y es que, cualquier información que se produjese fuera de los límites madrileños en este caso tenía que ser cubierta, y así lo era, por corresponsales del medio en las diferentes provincias peninsulares. Los corresponsales internacionales, por su parte, como sucede en la actualidad eran los enviados permanentes de los periódicos a las diferentes plazas extranjeras y coloniales.

Tanto el trabajo de los informadores peninsulares como el de los destinados en el extranjero y las colonias fue muy importante a la hora de construir el discurso informativo relativo al conflicto cubano, pues de esta manera se cubrieron todos los puntos de interés de la Guerra: los movimientos bélicos, la actividad en los puertos peninsulares, las reacciones internacionales y la actitud de los propios españoles ante el transcurso de la guerra.

Para poder comparar el tratamiento que hacen *La Época* y *El Imparcial* de las informaciones exteriores habría que comenzar advirtiendo del planteamiento tan radicalmente distinto que presentan las dos publicaciones a este respecto. Estas diferencias están provocadas, en primer lugar, por el mayor potencial económico de *El Imparcial*, el cual le permitía disponer de una red de corresponsales infinitamente superior a la de *La Época* por todo el mundo; y en segundo lugar, por el horario de publicación de cada diario –matutino *El Imparcial* y vespertino *La Época*–.

Respecto al primer punto, los dos diarios contaban con una amplio “servicio telegráfico” por toda la geografía peninsular, además de corresponsales en las principales ciudades europeas. Pero fuera del continente solo *El Imparcial* podía proporcionar una completa información de manera particular, al gozar de corresponsales en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y los Estados Unidos. Por ello, *La Época* se veía obligada a reproducir en sus páginas los telegramas enviados por los corresponsales de *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, *El Heraldo de Madrid* o *La Lucha* entre otros –beneficiándose para ello de su posterior horario de publicación–, así como a acudir a las agencias Fabra y Mencheta, también consultadas por *El Imparcial*.

Formalmente, las informaciones que llegan por vía telegráfica desde el extranjero a *El Imparcial* muestran siempre, además del enunciado “Por el cable”, su origen y la indicación de si procede de un corresponsal del medio. También se indica la hora de entrada del telegrama en la redacción, con lo que las estas noticias terminan constituyendo un verdadero *timeline*. Por su parte, *La Época* solo señala entre paréntesis si las informaciones son de sus propias corresponsalías e indica convenientemente la procedencia mediática del resto.

Dentro de las piezas publicadas elaboradas en el extranjero, y dejando a un lado a los corresponsales de las provincias, estas se pueden dividir en tres tipos: telegramas oficiales, reproducción de textos publicados en medios extranjeros o informaciones de elaboración propia. Las últimas aparecen en su mayoría, y en ambos medios, firmadas por los redactores-corresponsales –en ocasiones solo con una inicial o un apellido–, entre los que destaca durante todo el periodo analizado la figura de Domingo Blanco, corresponsal de *El Imparcial* en La Habana, por la cantidad y relevancia de sus informaciones.

Hay que mencionar que, como consecuencia de la Guerra en todas las colonias, el envío y recepción de informaciones se complicó sobremanera por el corte de cable telegráfico por parte del enemigo. La consecuencia, visible en las páginas de los diarios, es la publicación de informaciones con hasta diez días de retraso procedentes de Filipinas. Hecho que dificulta enormemente la conciencia de la situación de la Guerra para los lectores, y entonces también para el propio Gobierno.

En cuanto al fondo y el estilo periodístico de los textos que llegaban a Madrid por el cable, y centrandó la atención únicamente en los de elaboración propia, hay que señalar que en la mayoría de las piezas predomina la información en bruto, ya se presente en forma de “breves” o teletipos de pequeño tamaño, o de crónicas de guerra, que ayudan a conocer cada movimiento de la contienda. El corresponsal presencia un hecho o se hace eco de él y automáticamente lo telegrafía sin reflexión tal cual le ha llegado a él la comunicación. En varias ocasiones los propios corresponsales advierten de la desconfianza que les producen los “rumores” que están transmitiendo, pero a pesar de todo se publican.

La interpretación y la opinión quedan en un segundo plano en las informaciones de las corresponsalías. De hecho, salvo en contadas ocasiones esa interpretación es inexistente en unos textos que, como se ha dicho, son fundamentalmente informativos. Una de esas ocasiones es la continua crítica que sí realizan los corresponsales sobre las informaciones que publican los diarios norteamericanos, cuya veracidad es reiteradamente puesta en entredicho. Se llega a escribir a propósito del *The New York Journal* que es “el periódico que más se ha distinguido desde que comenzó la insurrección en Cuba por la exageración de sus informaciones y por las invenciones fantásticas que ha acogido en sus columnas” (*El Imparcial*, 11/5/1898: 3). El mismo diario habla de “embustes yanquis” para referirse a los telegramas “exageradísimos y plagados de noticias fantásticas” que propagan.

En otro tipo de artículos, las crónicas de ambiente, los redactores en el extranjero se permiten también ciertas licencias estilístico-interpretativas. Valga como ejemplo la descripción que realiza Domingo Blanco en una importante crónica, que abre incluso *El Imparcial* del 4 de abril, a propósito del sentimiento patrio de los cubanos previo a la Guerra: “La población verdaderamente española –puede leerse– recibió a los dos barcos, sintió como nunca el amor de la patria, y todavía al cabo de un mes sigue

viéndolos todos los días, admirándolos más, recreándose en sus baterías, acariciando sus cañones, obsequiando a los tripulantes, pasándose allí los días enteros, como sujetos por el imán poderoso de la identificación del patriotismo y del mismo deseo” (*El Imparcial*, 4/4/1898: 1).

4. CONCLUSIONES

La presente investigación se ha centrado en analizar la construcción del mensaje periodístico por parte de la prensa española en libertad durante el periodo de guerra entre España y los Estados Unidos en Cuba. Tras haber completado el análisis de los 204 ejemplares que se conservan de *La Época* y *El Imparcial*, de entre todos los publicados desde el 1 de abril de 1898 hasta el 15 de julio del mismo año, se está en disposición de justificar de manera razonada las conclusiones derivadas de este análisis. Un análisis que fue planteado con dos objetivos muy claros: desentrañar la construcción del mensaje periodístico de ambas cabeceras con motivo de la Guerra hispano-estadounidense y poder verificar o refutar de manera suficientemente argumentada las hipótesis propuestas para esta investigación.

La primera hipótesis de la que partía este TFG consideraba que desde principios de abril hasta mediados de julio de 1898, la prensa madrileña varió su línea editorial desde una postura positiva y optimista ante el conflicto contra los Estados Unidos, hasta una oposición cerrada a la guerra en Cuba. Una vez finalizado el análisis de las publicaciones se puede concluir que sí existió una notable evolución de la postura editorial frente a la Guerra, tanto por parte de *La Época* como de *El Imparcial*. Para poder dar la hipótesis como verificada, eso sí, habría que matizar el posicionamiento inicial del que se parte, ya que durante las primeras dos semanas y media de abril la postura de ambos diarios fue más de resignación ante el inicio de la Guerra que de optimismo.

Así pues, se debe destacar que la posición inicial de ambos diarios fue opuesta a la Guerra y que, desde sus páginas, se animó a las diferentes instituciones a que agotasen las vías para tratar de impedir el inicio de la contienda. Se celebraron los intentos de mediación, pero con la llegada del ultimátum norteamericano al Gobierno español se viró esta actitud, hacia una postura de exaltación de la raza, el valor y el orgullo españoles. Mensajes patrióticos en los que se aseguraba que España iría a la lucha con honra y lucharía “sin miedo”.

En este primer momento, las alabanzas y apoyo a las autoridades militares dirigentes y su labor fueron muy evidentes, así como el llamado de unidad en torno a ellas que

demandaban a la ciudadanía española. Apoyo que, como se ha mostrado en este trabajo, pronto se convirtió en feroz crítica, nada más producirse la primera derrota de la Marina española. En una clara muestra de incoherencia.

A pesar de la brutal primera derrota en Cavite, las cabeceras analizadas se esforzaron por lanzar mensajes esperanzadores sobre el futuro de la Guerra. *La Época*, que no obstante se mostró como el diario más razonable durante los meses de estudio, también alimentó esa esperanza concediendo a la escuadra de Cervera –“al nivel de las mejores” (*La Época*, 8/5/1898:1)– capacidad para la victoria. Afirmación que cuando se produjo la definitiva derrota en Santiago de Cuba pareció olvidarse, cuando el diario afirmaba: “En más de una ocasión lo hemos dicho; las leyes de la lógica son inquebrantables: nuestros cuatro barcos no podían vencer a la formidable escuadra americana” (*La Época*, 5/7/1898: 1).

Por lo tanto, es evidente, como se afirma en la hipótesis, que existió una variación en el discurso editorial a lo largo del desarrollo de la lucha. Sin embargo, al no partir de una postura positiva ante la Guerra y no culminar en una posición radicalmente contraria a esta –se consideraba que era deber de España batallar–, no puede afirmarse que esta primera hipótesis se cumpla en su totalidad, al menos no de la manera en la que está formulada.

La segunda hipótesis que se planteaba en este TFG defendía que tanto la prensa conservadora como la prensa liberal de la capital española compartieron línea editorial mientras se acercaba y finalmente desarrollaba el conflicto contra los Estados Unidos. A este respecto hay que señalar que, si bien *La Época* y *El Imparcial* contaron con numerosas argumentaciones coincidentes a propósito de la Guerra, sus diferencias se produjeron en cuestiones de tal relevancia que la hipótesis ha de ser refutada.

En primer lugar hay que señalar la diferencia visible en el tono de las piezas editoriales, en las que *El Imparcial* se expresa con una pasión que contrasta con la serenidad del diario conservador. Algunas de las diferencias de criterio más notables del periodo analizado entre ambos diarios se produjeron en relación al efecto de la mediación del Papa, a la valoración de la tregua o a la voluntad de firmar la paz.

Al respecto de la mediación del Papa y de la tregua que se alcanzó en Cuba gracias a su actuación, la posición de *El Imparcial* y *La Época* fue radicalmente opuesta. Curiosamente, el diario liberal, que fue desde un primer momento el que más confianza depositó en que las gestiones del Santo Pontífice pudiesen evitar la Guerra, fue también la publicación que se confesó contraria a la tregua que este había procurado para España. En el otro lado, *La Época*, que había expresado albergar pocas esperanzas en que la mediación de León XIII finalmente pudiese provocar efectos positivos, celebró la concesión de una tregua que alejaba a España de lo “irreparable”.

Pero si en algún punto la opinión editorial de los dos medios fue especialmente distante, ese fue el de la consideración de la paz antes y después del desastre de Santiago de Cuba. Y es que, con anterioridad a que España sufriera la destrucción total de su escuadra, ya *La Época* había introducido en el debate público la necesidad de firmar la paz. Una paz a la que *El Imparcial* no solo se opuso en un primer momento, sino que aún después de la derrota naval, siguió argumentando en favor de la continuidad de la lucha.

Al margen de la verificación de las hipótesis, es necesario enumerar otras tantas conclusiones a las que se ha llegado como resultado del trabajo realizado y que responden a los “objetivos específicos” que fueron definidos durante la Introducción.

Habría que comenzar señalando que a lo largo del análisis de los diarios se ha podido comprobar cómo las informaciones y opiniones vertidas por los redactores en sus textos apoyan la teoría de que existió una información irresponsable dirigida hacia los lectores. Cuando menos fue, sin duda, una información que pudo llevar a equívoco a sus receptores y que se vio desmentida por la realidad de la Guerra en varias ocasiones. No obstante, y esto es muy destacable, no existió ningún tipo de autocrítica por parte de la prensa a este respecto, ni siquiera cuando desde las instituciones se la señalaba directamente como causante de la mala percepción de la ciudadanía sobre el conflicto, en declaraciones que los diarios reproducían posteriormente en sus páginas.

En segundo lugar, y a propósito del diseño de los diarios, se debe destacar cómo durante todo el periodo analizado no puede afirmarse que, de un simple vistazo, pueda percibirse influencia alguna del ‘Nuevo periodismo’ internacional ni en *El Imparcial* ni

en *La Época*. Con diseños poco atractivos y vigentes desde décadas atrás, con un uso casi inexistente de los elementos gráficos y con una titulación sin alardes, el único nexo de unión con las nuevas corrientes periodísticas internacionales de esta época se encuentra en el tono ágil, ameno y de fácil comprensión empleado por *El Imparcial*. En el que cupo también cierto grado de sensacionalismo.

Por último, es necesario destacar la importancia del trabajo de las corresponsalías, así como la importancia de poder contar con un gran número de redactores-corresponsales en el extranjero y las colonias. Se quiere incidir en este aspecto porque durante la lectura de los diarios ha sido muy notable cómo una gran red internacional de informantes, como la que poseía *El Imparcial*, ayudó a elaborar un producto informativamente más completo que, por ejemplo, el de *La Época*. Y es que, el peso de las comunicaciones “por el cable” es tan significativo en *El Imparcial* que sin ellas cambiaría radicalmente o no podría entenderse la construcción de su mensaje periodístico.

Una vez finalizado el presente trabajo de investigación, y habiendo sacado las pertinentes conclusiones, consideramos que sería de gran interés elaborar un examen similar al que aquí se ha presentado tomando como tiempo de estudio el intervalo transcurrido entre el 1 de enero de 1898 y el 31 de marzo del mismo año. La elección de estas fechas se justifica en que se trata de un periodo de libertad informativa en el que ya existía una notabilísima tensión entre España y los Estados Unidos —el *Maine* fue enviado en febrero a La Habana—, pero que aún dista bastante del inicio de las hostilidades. Por tanto, el tono de las informaciones deberá ser más reflexivo, alejado de la vehemencia con que informan los diarios una vez queda declarada la Guerra. De ahí que pensemos que pudiera ser un tema de estudio de sumo interés para complementar a la investigación aquí presentada.

5. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. Álvarez Gutiérrez, L. (1998). Austria-Hungría ante el 98 español: en busca de apoyos para la Reina Regente María Cristina de Habsburgo. En revista *Anales de Historia Contemporánea*, (14), pp. 119-133.
2. Blanco Rodríguez, J. C. (1996). El Norte de Castilla ante la guerra de Cuba (1895-1898). En *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, (16), pp. 177-208.
3. Borges, P. (1998). La crisis del 1898, en las revistas de la época. En *Cuadernos de estrategia*, 97, pp. 195-218.
4. Carr, R. (1985). *España 1808-1975*. Barcelona: Editorial Ariel.
5. Companys Monclús, J. (1998). *La prensa amarilla norteamericana en 1898*. Madrid: Sílex.
6. De Haro, M. V. (2011). Un brindis por España desde el ruedo de la prensa. La corrida patriótica organizada por El Imparcial en 1896. En *Revista Científica de Información y Comunicación*, (8), pp. 95-111.
7. Del Rey, M. & Canales, C. (2010). *Breve Historia de la Guerra del 98. España contra Estados Unidos*. Madrid: Ediciones Nowtilus.
8. Díaz-Plaja, F. (1983). *Historia de España en sus documentos. SIGLO XIX*. Madrid: Ediciones Cátedra.
9. Durántez, C. (2013). *Análisis de los estereotipos y la relevancia informativa del sistema de gobierno cubano en el tratamiento periodístico de El Mundo y El País*. Valladolid: Universidad Europea Miguel de Cervantes.
10. Elorza, A. & Hernández, E. (1998). *La Guerra de Cuba (1895-1898)*. Madrid: Alianza Editorial.

11. Fuentes, J. F. & Fernández Sebastián, J. (1997). *Historia del periodismo español*. Madrid: Editorial Síntesis.
12. Fusi, J. & Niño, A. (Eds.) (1997). *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva.
13. Gómez Mompart, J, & Marín Otto, E. (Eds.) (1999). *Historia del periodismo universal*. Madrid: Síntesis.
14. Hernández, E. (1998). 1898: España fin de siglo. En *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20, pp. 103-105.
15. Lima, E. (2013). *Del bullicio a la sordina. El control gubernamental de la prensa española de julio a diciembre de 1898*. Valladolid: Universidad de Valladolid. Trabajo Fin de Máster. Inédito.
16. López García, G. (2001). La primera guerra mediática: la prensa en la guerra de Cuba. Calvo Pérez, J. (Ed.), *Contacto interlingüístico e intercultural en el mundo hispano. Vol. II* (pp. 803-811). Valencia: Universidad de Valencia.
17. Lowry, E. (1998). La información de Cuba y Filipinas en los periódicos de Madrid: los corresponsales de guerra. En revista *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, (4), pp. 87-102.
18. Medina Hernández, I. (1998). Cuba, Canarias y la prensa, en el contexto del 98. En *Revista Latina de Comunicación Social*, (6). Recuperado el 8 de mayo de 2014 de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/a/82ile.htm>
19. Morales, M. (1996). España, 1898: Ensayo de historia social. En *Estudios de Arte, Geografía e Historia*, (18), pp. 457-469.
20. Muñoz Vivas, F. J. (2007). Málaga 1898. Sucesos ocurridos en abril, con motivo de la declaración de guerra de los Estados Unidos de Norteamérica al Reino de España. Antecedentes, contexto social y cronología. En revista *Isla de Arriarán*, (30), pp. 65-83.

21. Pascual, P. (1996). Combatientes, muertos y prófugos del ejército español en la Guerra de la Independencia de Cuba (1895-1898). En *Estudios de historia social y económica de América*, 13, pp. 479-486.

22. Piqueras, J. A. (1998). Mercados protegidos y consumo desigual. Cuba y el capitalismo español entre 1878 y 1898. En *Revista de Historia Económica*, 3, pp. 747-779.

23. Robles, C. (2001). El horizonte europeo de la guerra en la España en Cuba (1896-1898). En *Anuario de Estudios Americanos*, (2), pp. 537-572.

24. Rubio, J. (1995). *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII. Los orígenes del "desastre de 1898"*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.

25. Rubio, J. (2004). *El final de la era de Cánovas. Los preliminares del "desastre de 1898". Tomo II*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.

26. Ruiz Acosta, M. J. (1997). La prensa sevillana ante los acontecimientos del 98. Un caso de opinión pública en un marco local. En *Investigaciones Históricas*, (17), pp. 191-206.

27. Salgado Tejido, X. (1999): 1898, el fin del imperio español. La prensa gallega antes y después del "desastre". En *Revista Latina de Comunicación Social*, (18). Recuperado el 8 de mayo de 2014 de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/a1999gjn/80haba2.htm>

28. Sánchez Aranda, J. J. & Barrera del Barrio, C. (1992). *Historia del periodismo español desde sus orígenes hasta 1975*. Pamplona: Universidad de Navarra.

29. Sánchez Illán, J. C. (1998). El Imparcial ante la guerra de Cuba. En *Historia y Comunicación Social*, (3), pp. 201-221.

30. Sánchez Illán, J. C. (1999). *Prensa y política en la España de la Restauración. Rafael Gasset y El Imparcial*. Madrid: Biblioteca Nueva.

31. Sánchez Marrollo, F. (1998). 1898. Guerra en las colonias y crisis social en España. En *Anales de Historia Contemporánea*, (14), pp. 179-193.
32. Santos, F. (1998). *1898: La prensa y la Guerra de Cuba*. Vizcaya: Asociación Julián Zugazagoitia.
33. Seoane, M^a C. & Saiz, M^a D. (2007). *Cuatro siglos de periodismo en España. De los avisos a los periódicos digitales*. Madrid: Alianza Editorial.
34. Sevillano, F. (2004). El “mito del 98” en la cultura española. En *Pasado y Memoria*, 3, pp. 5-32.
35. Velarde, J. (2000). Una reflexión sobre la economía de España y de sus posesiones ultramarinas en torno a 1898. En *Revista de Historia Económica*, (1), pp. 187-195.
36. Vidal Coy, J. L. (2006). *El círculo cerrado. Cobertura informativa de los conflictos internacionales de Estados Unidos en un siglo (1898-1991): Poder político y censura*. Murcia: Universidad de Murcia.
37. Vílchez de Arribas, J. F. (2011). *Historia gráfica de la prensa diaria española (1758-1976)*. Barcelona: RBA Libros.

Publicaciones revisadas (1898):

1. *El Imparcial*
2. *La Época*